Educar el alma

La iglesia como escuela de valores en comunidades del Pacífico colombiano

Henry Yeferson Perea Ibargüen
Sandra María Sánchez Ibargüen

Sello editorial: Edición Litoral
LITORAL
INSTITUCIÓN DE EDUCACIÓN SUPERIOR

EDITORIAL
PLAGCIS

EDUCAR EL ALMA

LA IGLESIA COMO ESCUELA DE VALORES EN COMUNIDADES DEL PACÍFICO COLOMBIANO

Educar el alma: La iglesia como escuela de valores en comunidades del Pacífico colombiano

© **Henry Yeferson Perea Ibargüen**
Fundación Social Perea, Quibdó, Chocó, Colombia.
https://orcid.org/0000-0002-3942-8798
director@fundacionsocialperea.org

© **Sandra María Sánchez Ibargüen**
Secretaria de Educación Departamental del Chocó, Colombia.
sanchezsandraupelciider@gmail.com
https://orcid.org/0009-0004-0737-5005

El presente libro ha sido sometido a un riguroso proceso de revisión (pares externos) mediante el sistema de arbitraje de doble ciego. La publicación cuenta con el aval del Comité Científico de la editorial PLAGCIS y del Sello Editorial Litoral, tras haber superado los protocolos editoriales estandarizados que aseguran el cumplimiento de las normas académicas establecidas para publicaciones de carácter científico.

EDUCAR EL ALMA:
LA IGLESIA COMO ESCUELA DE VALORES EN COMUNIDADES DEL PACÍFICO COLOMBIANO

Primera publicación: enero, 2026

De esta edición:
Fondo Editorial PLAGCIS, adscrito a la Plataforma de Acción, Gestión e investigación Social S.A.S.
Calle 13B 12-74, Sincelejo - Colombia
Tel.: +57 301 498 9039
director@plagcis.org / www.plagcis.org

Corporación de Educación Superior del Litoral – LITORAL
Calle 79 No. 42f – 110, Barranquilla – Colombia

Esta publicación es el resultado de investigación bajo el auspicio de la Plataforma de Acción, Gestión e investigación Social S.A.S – (PLAGCIS) en alianza con la Corporación de Educación Superior del Litoral – LITORAL.

Este texto está protegido por una licencia Creative Commons 4.0. https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es

ISBN: 978-628-97230-4-5
DOI: https://doi.org/10.69821/PLAGCIS.32

Acceso abierto / Open Access

Educar el alma: La iglesia como escuela de valores en comunidades del Pacífico colombiano / Henry Yeferson Perea Ibargüen y Sandra María Sánchez Ibargüen: Corporación de Educación Superior del Litoral – LITORAL, 2026 & Plataforma de Acción, Gestión e Investigación Social S.A.S – Fondo Editorial PLAGCIS, 2026.

ISBN: 978-628-97230-4-5

80 páginas.

1. Chocó, 2. educación espiritual, 3. formación comunitaria, 4. pedagogía pentecostal, 5. espiritualidad, 6. Colombia

Materia: 370 - Educación

Clasificación Thema: JNQ - Aprendizaje abierto, educación en el hogar, educación a distancia

Libro de investigación No. 32

Cita sugerida (APA 7ma): Perea Ibargüen, H. Y., & Sánchez Ibargüen, S. M. (2026). *Educar el alma: La iglesia como escuela de valores en comunidades del Pacífico colombiano*. Editorial PLAGCIS. https://doi.org/10.69821/PLAGCIS.32

Derechos de autor 2026
© Henry Yeferson Perea Ibargüen
© Sandra María Sánchez Ibargüen

Esta obra se edita bajo una Licencia Creative Commons BY.

CONTENIDO

PRÓLOGO 8

Capítulo 1 13

¿Qué son los valores? Una mirada más allá de la teoría 13

¿Qué son los valores? 14

De la teoría a la vida: los valores se encarnan 16

Espiritualidad como raíz formativa 17

La pedagogía del alma 19

Valores como guía en tiempos difíciles 20

Capítulo 2 22

La iglesia como espacio pedagógico: formación entre bancas, testimonios y canciones 22

La Iglesia como comunidad formativa 23

Rituales, testimonios y acompañamiento: pedagogía en acción 24

Socialización y normas éticas: educar por inmersión 25

Espiritualidad, disciplina y transformación 26

Capítulo 3 28

El alma del Chocó 28

Espiritualidad en contextos olvidados 29

La Iglesia como formadora de sentido 30

Voces del espíritu: relatos de vida en la comunidad 33

El caso de Lina: restauración en comunidad 34

Abraham: un nuevo camino desde el testimonio 34

Naviced: enseñar desde el amor 35

"Dios me sostuvo cuando todo se cayó" – FE 36

"No soy quien era" – TRANSFORMACIÓN PERSONAL 36

"Servir es mi manera de adorar" – SERVICIO 37

Educar con la vida: el testimonio como herramienta pedagógica 37

Capítulo 4 40

Los valores como eje de vida espiritual 41

Principales valores enseñados en la Iglesia Pentecostal 43

Amor al prójimo 43

Humildad 44

Obediencia 44

Esperanza 44
Servicio 45
Compasión 45
Honestidad 46
Valores en acción: el ejemplo cotidiano 46
Transformación personal y social a partir de los valores 49
Capítulo 5 52
Efectos de la formación espiritual 52
Más allá de lo religioso: la espiritualidad como dimensión educativa 53
La pedagogía del alma: fundamentos y claves metodológicas 55
La experiencia espiritual como proceso formativo 57
Educación integral desde la fe: desafíos y aportes al pensamiento pedagógico 59
Capítulo 6 62
Educar el alma en lo público: desafíos y posibilidades 62
Lo espiritual como recurso educativo y social 63
Diálogo entre fe, pedagogía y política social 65
Aportes del modelo pentecostal a la escuela y a la formación no formal 67
Retos del reconocimiento: pluralidad, secularidad y autonomía educativa 69
Educar el alma para reconstruir el tejido social 72
REFERENCIAS 75

PRÓLOGO

Educar el alma no es una metáfora piadosa ni una concesión retórica al lenguaje religioso; es una afirmación epistemológica y pedagógica de gran alcance. En un tiempo histórico marcado por la hegemonía de la racionalidad instrumental, la estandarización del aprendizaje y la mercantilización de la educación, esta obra propone una relectura radical del acto educativo desde una antropología integral, donde lo ético, lo espiritual y lo comunitario no son dimensiones accesorias, sino constitutivas de la formación humana.

Educar el alma: La iglesia como escuela de valores en comunidades del Pacífico colombiano se inscribe en un cruce fecundo entre la axiología, la pedagogía crítica, la hermenéutica y la teología práctica. Desde allí, los autores sostienen una tesis central: educar no equivale únicamente a instruir, capacitar o transmitir información, sino a formar sujetos capaces de orientar su existencia desde convicciones profundas, sentido vital y responsabilidad ética, incluso y especialmente en contextos de precariedad estructural y exclusión histórica.

Esta obra, resultado de una investigación doctoral asume una posición epistemológica que cuestiona el paradigma escolar céntrico dominante. La Iglesia Pentecostal es analizada no solo como institución religiosa, sino como espacio pedagógico no formal, generador de habitus éticos, prácticas de cuidado, narrativas de sentido y formas de racionalidad espiritual que operan como verdaderas matrices formativas. En territorios como el Chocó, donde el Estado ha sido intermitente y la escuela formal ha enfrentado profundas limitaciones, la comunidad de fe ha sostenido procesos educativos silenciosos pero eficaces, orientados a la formación del carácter, la dignidad y la esperanza.

Uno de los aportes conceptuales más relevantes del libro es la noción explícita e implícita de una pedagogía del alma. Lejos de una comprensión metafísica deshistorizada, el alma aparece aquí como la dimensión profunda del sujeto donde convergen identidad, afectividad, memoria, sentido y orientación ética. Esta pedagogía no se estructura a partir de currículos formales ni de planes de estudio sistematizados, sino desde prácticas vivas: el testimonio, el acompañamiento comunitario, la disciplina espiritual, la palabra compartida y el ejemplo cotidiano. En coherencia con tradiciones

hermenéuticas y fenomenológicas, los valores no se conciben como principios abstractos que se imponen desde fuera, sino como experiencias encarnadas que se revelan y se consolidan en la praxis.

Desde el punto de vista axiológico, la obra muestra con claridad que los valores amor, servicio, humildad, obediencia, compasión y esperanza no operan como normas morales descontextualizadas, sino como convicciones existenciales que orientan la vida cotidiana. En la espiritualidad pentecostal del Pacífico colombiano, el valor emerge como fruto de una relación viva con lo trascendente y como respuesta ética frente al dolor, la violencia, la pobreza y la exclusión. La fe, lejos de constituirse en evasión de la realidad, se manifiesta como fuente de sentido, resiliencia y acción transformadora.

Un rasgo distintivo de esta investigación es su decisión metodológica de reconocer el testimonio como fuente legítima de conocimiento pedagógico. Las narrativas de vida que atraviesan la obra no cumplen una función anecdótica ni ilustrativa, sino estructural. En ellas se evidencia cómo la experiencia espiritual actúa como mediación formativa capaz de resignificar el sufrimiento, reconstruir la identidad y generar procesos de transformación personal y comunitaria. Este gesto implica una apuesta clara por la justicia epistémica: reconocer que existen saberes formativos que no emergen de la academia tradicional, pero que poseen una densidad ontológica, ética y pedagógica incuestionable.

Desde una perspectiva pastoral–académica, el libro ofrece aportes significativos a la teología práctica, la educación cristiana y la pedagogía comunitaria. La Iglesia aparece como comunidad formativa donde se educa no solo con palabras, sino con gestos, vínculos y presencia constante. Cada acto de servicio, cada acompañamiento silencioso, cada palabra dicha con amor se convierte en un acontecimiento pedagógico. Educar, en este horizonte, es también un acto de cuidado, una práctica de esperanza y una forma concreta de amar al prójimo.

La obra interpela de manera directa a los sistemas educativos formales y a las políticas públicas, no para deslegitimarlos, sino para evidenciar sus límites cuando ignoran las dimensiones espirituales, simbólicas y comunitarias del sujeto. Sin proponer una sustitución de la escuela ni una sacralización acrítica de la iglesia, los autores

invitan a ampliar radicalmente el concepto de educación integral, incorporando la espiritualidad como dimensión constitutiva del desarrollo humano, especialmente en contextos rurales, étnicos y periféricos.

El libro resulta particularmente potente al articular relato, teoría y análisis crítico. Las voces de mujeres, jóvenes y adultos mayores no cumplen una función ilustrativa, sino estructural: son el núcleo mismo de la argumentación. En un mundo que corre el riesgo de reducir la educación a indicadores, resultados y competencias funcionales, *Educar el alma* recuerda que formar es, ante todo, cuidar la vida, el sentido y la dignidad humana.

El lector encontrará en estas páginas una obra rigurosa, sensible y profundamente comprometida con su territorio. Una investigación que no habla *sobre* las comunidades, sino *con* ellas. Y, sobre todo, un llamado a reconocer que allí donde se ora, se acompaña, se perdona y se sirve, **también se educa**.

Esta obra no solo describe una experiencia situada; desafía las categorías con las que pensamos la educación misma. Es una contribución sólida al pensamiento pedagógico latinoamericano y una invitación a reconocer que allí donde se acompaña, se perdona, se sirve y se sostiene la esperanza, allí también acontece educación.

El presente libro es un desarrollo particular de Henry Yeferson Perea Ibargüen y Sandra María Sánchez Ibargüen. Si bien la Iglesia Pentecostal Unida de Colombia se menciona porque Henry es pastor activo de esta organización, la investigación fue desarrollada al interior de una congregación con la participación libre y espontánea de feligreses como personas mayores, quienes dieron su consentimiento de forma individual y no en nombre de la Iglesia. Los aportes científicos presentados son producto del análisis de la información recogida en grupos focales y entrevistas en profundidad por el autor como investigador libre. En este sentido, el contenido no representa la voz oficial ni datos institucionales de los directivos nacionales, distritales o locales de la Iglesia, la cual queda exenta de toda responsabilidad por las afirmaciones y conclusiones aquí expuestas, siendo esta responsabilidad exclusiva del investigador.

RESUMEN
Este libro nace en el corazón del Chocó, una región muchas veces olvidada, pero profundamente viva en espiritualidad, resistencia y comunidad. A partir de una investigación doctoral, se recoge las voces, experiencias y saberes que habitan en la Iglesia Pentecostal como un espacio donde se forma algo más que conocimiento: se forma el alma. Más allá de un análisis teórico, esta obra revela cómo la fe, los valores y la vida comunitaria transforman personas y contextos. Muestra cómo se aprende a perdonar, a servir, a tener esperanza, no en aulas formales, sino en la convivencia diaria, en el testimonio, en la oración, en el abrazo. En estas páginas se explora cómo la iglesia educa en amor, dignidad y sentido, especialmente donde otros sistemas han fallado. Este libro está escrito para las comunidades que lo inspiraron. Es un reconocimiento a quienes enseñan con su vida, y una invitación a mirar la espiritualidad como un camino pedagógico real, profundo y necesario.

Palabras clave: Chocó, educación espiritual, formación comunitaria, pedagogía pentecostal, religiosidad popular, espiritualidad.

Capítulo 1

¿Qué son los valores? Una mirada más allá de la teoría

Hablar de educación en el Pacífico colombiano es hablar de resistir, de crear, de cuidar la vida. En esta región, se ha evidenciado que la pobreza estructural, la exclusión social y el olvido institucional son parte del día a día; educar va mucho más allá de enseñar a leer o resolver ecuaciones (Ochoa Moya, 2024). Aquí, educar también es sanar. Es afirmar la dignidad. Es sembrar esperanza donde tantas veces ha faltado.

En medio de este contexto desafiante, la Palabra de Dios recuerda que hay un propósito mayor, aún en medio del dolor y la escasez. Como dice el profeta Jeremías:

> "Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis" (Jeremías 29:11, RVR1960).

Esta promesa de esperanza, que ha sostenido a tantas comunidades en su caminar, también sostiene el acto educativo como siembra de futuro. Y en ese proceso, la espiritualidad —y en especial el papel de la Iglesia Pentecostal— ha sido un pilar silencioso pero firme. Porque hay aprendizajes que no vienen de un aula, sino del corazón; de la vida compartida en comunidad, de la oración, del ejemplo. La iglesia, para muchos en el Chocó, no ha sido solo un templo: ha sido escuela de vida.

¿Qué son los valores?

Al hablar de valores, se hace alusión de aquello que guía nuestras decisiones cuando nadie nos está mirando. Es lo que orienta la forma en que tratamos a los demás, cómo respondemos ante la injusticia o qué priorizamos cuando la vida nos enfrenta a dilemas. Pero ¿qué son, en realidad, los valores?

Desde el pensamiento filosófico, los valores han sido definidos como cualidades que hacen que algo sea considerado bueno, deseable o digno de aprecio. La axiología que es la rama de la filosofía encargada de estudiarlos, busca entender no solo qué son los valores, sino cómo influyen en nuestras decisiones, comportamientos y proyectos de vida.

Como lo expresan Aranda Barradas y Salgado Manjarrez (2005),

> “La axiología es la teoría del valor. Dentro de la axiología se desarrolla la reflexión en torno a los problemas que generan tanto el valor en sí como los procesos de valoración, mediante los que se identifica o aplica un valor en alguna situación del mundo físico. Al mismo tiempo, la axiología también se interesa en la manera en la que los valores específicos determinan las acciones humanas” (p. 35).

Esta mirada nos ayuda a comprender que los valores no son simples palabras bonitas, ni normas impuestas desde afuera. Son guías internas que cada persona va construyendo en su vida diaria. Se manifiestan en lo que defendemos, en lo que rechazamos, en lo que nos mueve.

En comunidades como las del Chocó, donde las condiciones de vida son desafiantes y muchas veces marcadas por la desigualdad, los valores adquieren una dimensión aún más profunda: son mecanismos de resistencia, identidad y sentido. No son ideales abstractos, sino respuestas concretas frente a la realidad. El valor del respeto se vuelve un acto de dignidad. El valor de la fe, una forma de mantenerse de pie. El valor del servicio, una manera de construir comunidad.

Por eso, cuando hablamos de valores desde una perspectiva espiritual —como la que promueve la Iglesia Pentecostal— no estamos hablando solo de conceptos teóricos. Estamos hablando de formas de vivir, de convicciones que se encarnan. De ejemplos que enseñan sin necesidad de palabras.

La axiología, entonces, no es solo una teoría para los libros, sino una herramienta para comprender la vida, especialmente cuando se vincula con la espiritualidad. Porque educar en valores, como veremos a lo largo de este libro, no es formar robots que repitan mandamientos. Es acompañar personas que descubren, en medio de sus luchas, el poder transformador del amor, la fe, la humildad o la compasión.

De la teoría a la vida: los valores se encarnan

En muchos libros, los valores se describen como principios abstractos: ideales deseables, universales, casi etéreos (Fabelo-Corzo, 2007; Vidal-Bota, 2012; Lledó, 2022). Pero en el día a día de las comunidades del Chocó, los valores son mucho más que conceptos. Son formas de vida, decisiones silenciosas, actos cotidianos que nacen de la convicción y el compromiso con los demás.

No hace falta nombrar la palabra “solidaridad” para comprenderla cuando una vecina comparte su comida con otra que no tiene. Tampoco es necesario definir la “honestidad” cuando un joven decide rechazar la violencia, aunque sea el camino más fácil. En estas comunidades, los valores no se enseñan desde el discurso, sino desde el ejemplo.

Esta experiencia cotidiana se alinea con lo que expresan Gluyas Fitch et al. (2015):

> “Continuamente escuchamos que "*el mundo necesita mejores seres humanos*", sin embargo, ¿qué están haciendo las instituciones educativas para lograr la formación de mejores seres humanos, quienes sean el motor del cambio y el impulso para el bienestar social?” (p. 33).

Y justamente por esa complejidad, la vivencia práctica de los valores tiene una fuerza educativa mayor. Porque lo que toca la vida deja huella. Y en muchos espacios donde los sistemas educativos formales no logran llegar con profundidad o pertinencia, la iglesia ha sido el lugar donde se forman convicciones.

Pastores, líderes comunitarios, madres, jóvenes, personas mayores: todos enseñan con su vida. Sin llamarse pedagogos, muchos han sido verdaderos formadores de alma. Se trata de lo que podríamos llamar una pedagogía del testimonio, donde el contenido se transmite más por la coherencia del vivir que por el contenido explícito de una lección.

Irizar et al. (2011) aportan una visión relevante:

> “Educar es, ante todo, ayudar a un ser humano a que alcance su plenitud como persona. Para eso hace falta llegar a la mente, pero también, y sobre todo, al corazón del niño o del joven. La auténtica educación es formación, es decir, un arte por el cual se da forma o se configura la inteligencia mediante la verdad y se modela la afectividad de acuerdo con el bien” (p. 155).

Esta visión profundamente humanista resuena con lo que ocurre en muchas comunidades pentecostales: formar no es solo instruir, es cuidar, guiar y acompañar. Es mostrar con el ejemplo que la fe no es evasión, sino compromiso; que los valores no son imposición, sino caminos posibles hacia una vida con sentido.

Los valores vividos —como el amor al prójimo, la humildad, el servicio o la esperanza— no solo moldean personas, también transforman comunidades. Y en regiones como el Pacífico colombiano, donde las carencias materiales son muchas, estos valores se convierten en recursos de vida, resistencia y dignificación.

Espiritualidad como raíz formativa

En las comunidades del Chocó, la espiritualidad no es un adorno de la vida: es su raíz. No es una práctica reservada a los domingos, es una forma diaria de resistir, de caminar, de esperar. Y es precisamente en esa vivencia espiritual donde los valores encuentran tierra fértil para nacer, crecer y sostenerse.

La espiritualidad, en este caso, no debe confundirse con religiosidad vacía o con formalismos rituales. Se trata más bien de una búsqueda profunda de sentido, una conexión con lo trascendente que da dirección a la vida y moldea la manera en que cada persona se relaciona con los demás. Como lo afirma García Toma (2018):

> “Esta alude a aquella calidad inherente a todos y cada uno de los miembros de la especie humana que no admite sustitución ni equivalencia; y que, por tal, es el sustento de los derechos que la Constitución y tratados internaciones protegen y auspician” (p. 14).

Desde esta mirada, la espiritualidad forma parte de la identidad más esencial del ser humano: le recuerda su valor intrínseco, su propósito y su capacidad de amar, servir y transformar. No es una dimensión separada de lo educativo, sino un componente vital de toda formación integral.

Esta perspectiva se encuentra en la raíz del pensamiento de autores como Frankl (2015), quien afirma que el ser humano además de buscar placer o poder, busca sentido. Y ese sentido se halla, muchas veces, en el vínculo con lo trascendente, con Dios, con una misión personal. En contextos donde la vida es dura, esa espiritualidad es más que consuelo: es energía vital.

Desde la experiencia de muchas iglesias pentecostales en el Chocó, se observa que la formación espiritual no es una instrucción teórica, sino una experiencia encarnada. Se ora, se canta, se comparte, se sirve. A través de estos actos, se cultiva un tipo de educación que toca el alma: una educación que modela no solo la conducta externa, sino también la conciencia y el carácter.

Begrich (2007), al reflexionar sobre el pensamiento de Emmanuel Levinas, plantea que el ser humano encuentra su verdadera identidad cuando se reconoce como responsable del otro:

> "Para Levinas, la crisis de la subjetividad no es el fin del humanismo, sino el comienzo de un nuevo humanismo. Este humanismo del otro hombre trae una identidad nueva, que viene de la responsabilidad ante el otro…" (p. 80).

Este tipo de espiritualidad —centrada en el otro, en el cuidado, en el servicio— es profundamente educativa. Forma a personas que no buscan solo su salvación individual, sino que se sienten llamadas a construir comunidad, a sanar heridas colectivas, a acompañar procesos de transformación social.

Así, cuando en estas comunidades se habla de fe, no se está hablando solo de creencias. Se está hablando de una fuerza que forma, que sostiene, que da dirección. La espiritualidad se convierte entonces en raíz pedagógica, en fuente ética, en impulso de justicia. Es allí donde florecen los valores.

En definitiva, educar desde la espiritualidad no es adoctrinar. Es reconocer que el ser humano necesita algo más que habilidades técnicas para vivir con dignidad. Necesita sentido, necesita pertenencia, necesita saber que su vida tiene valor. Y eso, en muchas ocasiones, solo lo ofrece una espiritualidad viva, encarnada y comprometida con la realidad.

La pedagogía del alma

Hay una educación que se da con libros, pizarras y horarios. Y hay otra que nace en los gestos, en las palabras sencillas, en el acompañamiento silencioso de quien está presente en los momentos más difíciles. Esta segunda forma de educar no aparece siempre en los currículos ni en los programas institucionales, pero es quizás la más transformadora. Es la que llega al corazón. Es la que forma el alma.

Educar el alma no es una metáfora romántica. Es una necesidad real, sobre todo en contextos marcados por el dolor, la exclusión y la desigualdad. En lugares donde las oportunidades escasean y los caminos parecen cerrados, la formación espiritual y ética se convierte en una herramienta de resistencia, en una brújula interior que ayuda a no perder el rumbo.

La pedagogía del alma no se impone: acompaña. No grita: susurra con presencia. No humilla: levanta. Y esto lo han entendido bien muchas comunidades del Pacífico colombiano, donde la Iglesia Pentecostal ha sido más que un espacio de culto. Ha sido una escuela de vida, una casa abierta donde se forma desde el ejemplo, desde la palabra dicha con amor, desde la fe vivida con coherencia.

En palabras de Irizar et al. (2011):

> “La auténtica educación es formación, es decir, un arte por el cual se da forma a la inteligencia mediante la verdad y se modela la afectividad de acuerdo con el bien” (p. 155).

Esa educación que no solo informa, sino transforma. Que no se queda en la cabeza, sino que toca el corazón y despierta la conciencia. Una educación donde el maestro o el pastor, la madre,

el líder comunitario es también testigo, no solo transmisor de contenidos.

Esta pedagogía está hecha de muchas cosas: de oraciones, de historias compartidas, de abrazos sinceros, de actos de servicio. Está presente en la mujer que, a pesar de no haber terminado la escuela, educa con su ejemplo de fidelidad y generosidad. En el joven que decide hablar de paz cuando a su alrededor todo grita violencia. En el líder que guía sin aplastar, que corrige sin condenar, que enseña sin dejar de aprender.

En este tipo de formación, la espiritualidad no es un adorno. Es el centro del proceso educativo. Porque desde ella se construye una visión del ser humano como alguien valioso, con propósito, con capacidad de cambio. Como alguien que, más allá de sus errores o carencias, puede aprender a vivir con dignidad, a amar con entrega y a actuar con justicia.

Esta es al mismo tiempo, una pedagogía profundamente humanista y espiritual. Una pedagogía que apuesta por el otro, que cree en el otro, que se compromete con su crecimiento, como decía Freire (1996) es un acto de esperanza radical. Porque educar el alma es, en definitiva, creer que la transformación es posible, incluso en los terrenos más difíciles.

Valores como guía en tiempos difíciles

Cuando todo se sacude, cuando la vida parece cerrarse como un muro, los valores se convierten en faros. En medio del dolor, del abandono o de la incertidumbre, no son los discursos complejos los que sostienen al ser humano, sino las convicciones más profundas: la fe, la esperanza, la honestidad, la compasión, el amor al prójimo. Valores que, más que conceptos, son formas de resistir y de vivir con sentido.

En el Pacífico colombiano, donde las condiciones de vida son desiguales y muchas veces olvidadas por el Estado, los valores han sido una herramienta de sobrevivencia digna. En comunidades donde falta casi todo, la solidaridad no es un lujo: es una necesidad. El respeto no es un protocolo: es la base de la convivencia. La fe no es evasión: es fuerza que levanta.

La Biblia lo expresa de forma clara y directa:

> “Mas el justo por su fe vivirá” (Habacuc 2:4).

Y esa fe no es pasiva. Es una fe que empuja a actuar con justicia, a elegir el bien incluso cuando nadie más lo hace. Es una fe que enseña que cada persona tiene valor, y que servir a otros es también una forma de adorar:

> “Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple:
> Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Gálatas 5:14).

En la experiencia vivida por muchos feligreses, los valores han sido escudo y guía. En tiempos de pérdida, de violencia, de pobreza o de discriminación, han elegido perdonar en lugar de vengarse, servir en lugar de cerrarse, esperar en lugar de rendirse. Y ese ejercicio ético diario, a menudo silencioso, tiene una raíz espiritual profunda: saben en quién han creído.

> “Jehová es mi pastor; nada me faltará […] Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo” (Salmo 23:1,4).

Los valores —vividos desde la espiritualidad— no sólo orientan la conducta personal. También reconstruyen relaciones, restauran confianza, siembran comunidad. En lugares donde las heridas son muchas, cada acto basado en el amor, la verdad o la esperanza es una señal de sanación.

No es una moral de apariencias, se desea una ética profunda. Una forma de estar en el mundo con coherencia, con propósito y con entrega. Una manera de decir, incluso en los días más oscuros: “Todavía creo. Todavía amo. Todavía sirvo.”

Y ese testimonio, más que mil palabras, educa. Enseña a los niños que hay otra forma de vivir. A los jóvenes, que no todo está perdido. A la comunidad, que aún es posible cuidarse, ayudarse, reconstruirse.

Capítulo 2

La iglesia como espacio pedagógico: formación entre bancas, testimonios y canciones

La Iglesia como comunidad formativa

En el Pacífico colombiano, donde tantas veces las instituciones han fallado o simplemente no han llegado, la iglesia ha permanecido. No solo como lugar de culto, sino como refugio, escuela y hogar. En estos territorios, la Iglesia Pentecostal no es un edificio al que se va los domingos: es un espacio de formación continua, donde se educa con el ejemplo, con la palabra y con el corazón.

Aquí, educar no significa solo aprender versículos o doctrinas. Educar es formar carácter, es modelar valores, es construir identidad y pertenencia. Es enseñar a vivir con dignidad cuando la vida parece no ofrecer caminos. En cada oración compartida, en cada canto, en cada consejo del pastor o testimonio desde el púlpito, se siembra una semilla formativa. Y esa semilla cuando cae en tierra fértil transforma vidas.

> "Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él" (Proverbios 22:6).

Las funciones que la escuela a veces no logra cumplir por falta de recursos, continuidad o sensibilidad cultural, la iglesia las ha asumido con amor. Desde el rol pastoral hasta la participación de los jóvenes en los coros, los maestros en las escuelas dominicales, las campañas evangelísticas o los grupos de apoyo, cada experiencia vivida en comunidad forma en valores, en vínculos, en servicio, en fe.

El educador Groome (1998) propone el concepto de "educación compartida de la fe", una idea que resuena fuertemente en estos espacios, es decir, la fe no se impone, se comparte; que no se enseña desde arriba, sino que se transmite desde la vida misma, en comunidad, desde la memoria colectiva y las prácticas diarias.

Y eso es precisamente lo que ocurre en muchas congregaciones del Chocó. Aunque no haya un plan pedagógico escrito, la pedagogía está viva. Está en el ejemplo de la hermana mayor que persevera. En el testimonio del joven que deja la calle por la fe. En la manera en que se acompaña al caído sin juzgar, se orienta con firmeza y se ama con misericordia.

Rituales, testimonios y acompañamiento: pedagogía en acción

Si hay algo que transforma en la iglesia es el poder del testimonio. Cada culto, vigilia o reunión no es solo un acto religioso: es un aula abierta donde se aprende a vivir. Cuando alguien sube al altar y dice "*Dios me cambió*", no está dando un discurso: está ofreciendo una lección de esperanza. Está diciendo: "*Yo pude, vos también podes*."

"Y ellos le han vencido por medio de la sangre del
Cordero y de la palabra del testimonio de ellos…"
(Apocalipsis 12:11)

Los testimonios no son solo relatos emotivos. Son herramientas pedagógicas vivas que enseñan a través de la experiencia. Cada historia de conversión, de lucha, de perdón o de superación transmite valores que impactan profundamente, sobre todo en los más jóvenes, que buscan referentes auténticos.

De manera que, la estructura de relaciones dentro de la iglesia no reproduce modelos verticales fríos, promueve un acompañamiento horizontal y afectivo. El pastor es guía, pero también es hermano. Los ancianos son referentes, pero también son cercanos. Los jóvenes aprenden entre pares, en una dinámica donde todos pueden enseñar y todos pueden aprender.

Este modelo se acerca a lo que Río (2024; 2022; 2016) llamó "pedagogía del encuentro": una educación que nace del diálogo, del respeto y de la transformación mutua. La diferencia aquí es que el punto de encuentro es la fe, y el motor del cambio no es solo el conocimiento, sino el Espíritu.

"Hierro con hierro se aguza;
Y así el hombre aguza el rostro de su amigo"
(Proverbios 27:17).

La iglesia, entonces, forma sin que siempre se note que está formando. Enseña sin imponer. Acompaña sin anular. Corrige sin aplastar. Y en esa pedagogía silenciosa, amorosa y constante, se construyen personas capaces de resistir, de soñar y de servir.

Socialización y normas éticas: educar por inmersión

En la Iglesia Pentecostal, donde se ha realizado este estudio, no hay necesidad de imponer reglas con castigos o amenazas. No hace falta. Porque los valores no se aprenden por obligación, más bien por inmersión en una vida compartida. En estos espacios, se respira respeto, se cultiva el perdón, se honra la responsabilidad. Todo se aprende participando, caminando con otros, equivocándose y volviendo a empezar.

No hay asignaturas tituladas "ética", ni exámenes sobre "buena conducta". Pero sí hay una comunidad que enseña con su forma de vivir. Se aprende a hablar con decencia al ver cómo los mayores cuidan sus palabras. Se aprende a servir al ver cómo otros entregan tiempo y fuerza sin buscar aplausos. Se aprende a resistir la tentación al caminar con quienes eligieron un camino distinto, más difícil, pero más digno.

Esta forma de enseñanza no siempre es nombrada, pero se vive con fuerza. Es lo que algunos pedagogos llaman "pedagogía implícita": aquella que no se anuncia, pero transforma. No se enuncia como lección, pero moldea la forma de ser, de decidir y de relacionarse con los demás.

En este sentido, la Iglesia Pentecostal se convierte en una escuela alternativa de vida, donde los valores se encarnan en relaciones, en espiritualidad, en responsabilidades compartidas. Su eficacia no está en la estructura formal, sino en la coherencia entre lo que se predica y lo que se vive. En su narrativa espiritual, en su forma de levantar al caído, de corregir con amor, de invitar a crecer sin condenar.

> "Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre…" (Gálatas 6:1)

Así, quienes hacen parte de esta comunidad no solo reciben información: son transformados por la experiencia de vivir en comunidad. Aprenden en el día a día que la ética no es una lista de normas, sino una forma de amar bien. Una forma de mirar al otro con compasión, de actuar con justicia, de caminar con propósito.

Y lo más poderoso es que este proceso no tiene edad: niños, jóvenes, adultos y ancianos forman y se dejan formar mutuamente. Todos son parte de este tejido invisible que, sin plan de estudios ni manual de estilo, educa para la vida con sentido y con fe.

Espiritualidad, disciplina y transformación

La transformación no ocurre por casualidad. Es fruto de una siembra constante, de una guía intencional y de una fuerza interior que empuja a cambiar. En el corazón de muchas comunidades pentecostales del Chocó, ese cambio profundo nace de un camino espiritual disciplinado, acompañado y vivido con autenticidad.

Aquí, la espiritualidad no se queda en el plano emocional ni se reduce a una experiencia puntual. Se expresa en rutinas que forman carácter: orar, congregarse, ayudar, rendir cuentas, sostener la fe en medio de las dificultades. Esta forma de vivir la fe estructura el día, moldea hábitos, orienta decisiones. Es formación con raíces.

> "El ejercicio corporal para poco es provechoso; pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera" (1 Timoteo 4:8).

La disciplina espiritual —como la oración diaria, la lectura bíblica, la cooperación en comunidad actúa como una pedagogía sostenida. Forma en paciencia. En dominio propio. En humildad. No como metas lejanas, sino como prácticas que se ensayan en la cotidianidad.

En este proceso, la espiritualidad no evade la realidad; la enfrenta con esperanza. No desconecta del mundo; invita a transformarlo desde adentro. Por eso, quienes perseveran en este camino no solo cambian por dentro: también cambian la forma en que se vinculan con los demás, con su comunidad, con su historia.

> "No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento…" (Romanos 12:2)

Esa transformación no es automática. Tampoco es perfecta. Pero es real. Se ve en el joven que deja la violencia y encuentra sentido en el servicio. En la mujer que, luego de años de dolor, acompaña a otras desde su fe. En el hombre que aprende a pedir perdón y

empieza a construir de nuevo. Cada uno de estos cambios es una victoria pedagógica del alma.

Lo que se cultiva en estos espacios, además de un comportamiento aceptable, es una identidad renovada. No se busca aparentar, sino vivir con coherencia. La espiritualidad se convierte así en un camino de reconstrucción. No es una fórmula mágica, sino un proceso: lento, humano, acompañado.

Y en ese caminar, la disciplina no oprime; estructura. La comunidad no vigila; sostiene. La fe no aísla; inspira a servir, a resistir y a avanzar con dignidad.

Capítulo 3

El alma del Chocó

Espiritualidad en contextos olvidados

Hablar del Chocó es hablar de riqueza y abandono al mismo tiempo. Es nombrar una tierra profundamente viva, marcada por su cultura, su espiritualidad y su fuerza colectiva, pero también por décadas de olvido estatal, pobreza estructural y desigualdad histórica (Quiceno Toro, 2016; Rentería-Restrepo, 2019).

Ubicado en el noroeste del país, este territorio mayoritariamente afrodescendiente e indígena ha sostenido su dignidad a través de prácticas comunitarias, redes solidarias y una espiritualidad que atraviesa todos los aspectos de la vida. En un contexto donde muchas veces no llega el Estado, sí ha llegado la fe. Y esa fe ha echado raíces.

Aquí, la espiritualidad no es un complemento. Es el eje que da forma al sentido, a las relaciones y a la forma de resistir el dolor. Cuando no hay acceso digno a salud, a educación o a justicia, la fe se convierte en el lenguaje de la esperanza, el motor que impulsa a seguir caminando, incluso cuando todo parece perdido.

> "Aunque afligido yo y necesitado, Jehová pensará en mí" (Salmo 40:17).

En el Chocó creer no es un acto privado ni individualista. La fe se canta, se danza, se comparte. Es una experiencia profundamente colectiva, tejida en las relaciones entre vecinos, en las celebraciones de la iglesia, en los testimonios públicos y en las vigilias comunitarias. En municipios como Quibdó, Istmina, Condoto, Pizarro o Tadó, la Iglesia Pentecostal Unida de Colombia no solo ha predicado, ha sostenido, ha educado, ha sanado.

Estos espacios muchas veces humildes en su infraestructura, funcionan como verdaderas escuelas del alma. Allí se aprende a hablar en público, a orar con otros, a respetar a los mayores, a leer la Biblia como guía para la vida. Y, sobre todo, se aprende que tener fe no es una forma de escapar, sino una forma de resistir.

Cuando las escuelas cierran por falta de maestros o recursos, las iglesias se mantienen abiertas. Donde el sistema educativo no logra responder con pertinencia cultural, espiritual y afectiva, la comunidad de fe sí lo hace. Lo que allí se enseña —el amor, el

respeto, la identidad, la disciplina forma personas con conciencia, con memoria y con esperanza.

La espiritualidad chocoana también actúa como respuesta a la violencia simbólica que ha marcado a su gente. La exclusión sistemática no solo quita oportunidades, también hiere el alma. Y es en esa herida donde la fe pentecostal ofrece un mensaje restaurador: "*Dios te ve. Tu vida tiene valor. Eres parte de algo más grande. No estás solo.*"

"El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente" (Salmo 91:1).

Esta pedagogía espiritual no compite con la educación académica. Al contrario, la complementa. Como señala Perea (2025), educar es tocar todas las dimensiones del ser: espíritu, alma y cuerpo. No hay desarrollo verdadero sin una formación integral, y en el Chocó, esa formación se da muchas veces desde los bancos de una iglesia, desde un testimonio sencillo, desde una oración colectiva.

Los valores promovidos como la humildad, el perdón, el servicio, la obediencia no son códigos impuestos. Son fundamentos de convivencia, anclas de comunidad y expresiones de una cultura que ha aprendido a resistir sin perder la ternura. Y esa transmisión no es discursiva: se aprende por el ejemplo, por la repetición, por el vínculo entre generaciones.

Lejos de ser pasiva, esta espiritualidad es una forma de resistencia cultural. En un país que a veces desprecia lo espiritual y exalta lo técnico, en territorios donde la educación oficial es débil, estas congregaciones de la iglesia se convierten en semilleros de conciencia, identidad y transformación. Forman no solo creyentes: forman ciudadanos con alma.

La Iglesia como formadora de sentido

No todas las historias necesitan ser escritas en libros para tener valor. En muchas congregaciones del Chocó, la vida misma es el testimonio más profundo. A través de relatos contados en voz alta, en un culto, en una reunión de oración o en una conversación informal, la comunidad se educa, se inspira y se transforma.

Los testimonios no son adornos emocionales. Son pedagogía viva. Cada historia compartida ya sea de sanidad, perdón, cambio o resistencia actúa como una guía silenciosa para quienes la escuchan. Es en ese relato donde otros encuentran esperanza para su propia situación. Es allí donde el Espíritu habla a través de la experiencia.

Las Iglesias han asumido un rol de educar de forma natural, como quien responde al dolor sin que se lo pidan. Allí, enseñar no se limita a enseñar doctrina, es formar para vivir con propósito y dignidad. Cada sermón, cada acto de servicio, cada palabra de aliento es una semilla que transforma. Los pastores, maestros y líderes espirituales no enseñan desde el púlpito solamente, sino con su manera de vivir. Acompañan, guían, levantan, fundamentándose en lo que dijo el apóstol Pablo "Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo" (1 Corintios 11:1)", convirtiéndose en referentes donde muchas veces faltan modelos positivos.

Este proceso formativo tiene una estructura no escrita, pero profundamente efectiva. Se sostiene sobre tres pilares (ver figura 1):

a. La enseñanza bíblica como guía de vida
La Biblia no se lee solo como un texto sagrado, sino como manual cotidiano de sabiduría, justicia y amor. Los estudios, devocionales y mensajes no se quedan en lo teórico. Abordan la vida real: cómo perdonar, cómo actuar con justicia, cómo vivir con integridad. La Palabra de Dios se convierte en brújula ética y emocional, marcando el norte en medio de un contexto muchas veces confuso.

"Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino" (Salmo 119:105)

b. La experiencia espiritual como transformación vivida
La fe aquí no es costumbre ni discurso vacío. Es vivencia profunda, muchas veces nacida en medio del sufrimiento. Quienes han sido excluidos, desplazados o heridos por la violencia, encuentran en su encuentro con Dios una forma de recomenzar. Es allí donde muchos recuperan la dignidad que el sistema les negó. Lo que el mundo quebró, Dios lo restaura.

"He aquí, yo hago nuevas todas las cosas…" (Apocalipsis 21:5)

c. La comunidad de fe como escuela de vida

Vivir en comunidad enseña. En la iglesia se aprende a convivir, a respetar al otro, a colaborar, a escuchar. La participación en el coro, en la enseñanza, en la visita al enfermo o en la limpieza del templo no es solo servicio: es formación de carácter. Se educa en humildad, responsabilidad, empatía y disciplina. Y todo esto se hace con afecto, con cercanía, con presencia constante.

"Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras" (Hebreos 10:24)

Figura 1

Pilares formativos en la Iglesia Pentecostal



Desde esta perspectiva, la Iglesia Pentecostal es mucho más que un espacio espiritual: es una escuela del alma, donde mente, cuerpo y espíritu se integran. No hay dicotomía entre lo académico y lo espiritual, porque aquí el conocimiento se transmite en forma de experiencia viva. Se aprende haciendo, compartiendo, escuchando, llorando juntos, orando unidos.

Un joven cuenta cómo dejó la adicción tras entregarse a Dios. Una madre comparte cómo encontró paz en medio del duelo. Un líder recuerda cómo fue llamado a servir después de años de sentirse sin rumbo. Estas voces no buscan reconocimiento, buscan restauración. Y al compartir lo vivido, forman a otros.

La belleza de estos relatos está en su autenticidad. No son discursos pulidos, ni tampoco espectáculos. Son verdades dichas con el corazón en la mano. Quien escucha no solo oye palabras: se identifica, se emociona, se mueve a actuar.

> "Vengan, oigan, todos ustedes que temen a Dios, y contaré lo que ha hecho conmigo" (Salmo 66:16)

En muchas iglesias del Chocó, esta práctica del testimonio es un acto colectivo de construcción de sentido. Es memoria espiritual. Es sanación social. Contar lo que Dios ha hecho no es jactancia, es servicio. Porque lo que uno vivió puede ser la respuesta que otro está esperando.

Más allá de lo emocional, el testimonio también enseña valores. Al compartirlo se transmite el valor del arrepentimiento, de la gratitud, de la perseverancia, del perdón. Estos relatos se vuelven ejemplo. Son historias que no están en los libros, pero forman el corazón de quienes las escuchan.

Por eso, se puede decir que en estas comunidades la educación ocurre en voz alta. En los bancos de la iglesia, las personas no solo oran y cantan: también escuchan, aprenden, recuerdan, se reconcilian con su propia historia. Es allí donde muchos descubren que su dolor también puede tener propósito.

Voces del espíritu: relatos de vida en la comunidad

Ninguna teoría sobre valores tiene fuerza si no se encarna en la vida real. En el Chocó, los valores no se enseñan como lecciones memorizadas; se viven, se observan y se comparten en los rincones cotidianos: en los pasillos de los templos, en las cocinas comunitarias, en las visitas silenciosas a quien sufre, en la oración que consuela sin prometer respuestas fáciles.

La educación espiritual que surge en las iglesias pentecostales moldea historias reales, muchas veces invisibles para los modelos educativos tradicionales. Pero ahí están: llenas de luchas, cambios y redención. Son procesos formativos que se dan en comunidad, no en solitario, y que transforman la manera de mirar la vida.

El caso de Lina: restauración en comunidad

Uno de los casos más representativos es el de Lina, una mujer que, luego de haber atravesado una juventud marcada por la violencia intrafamiliar y el abandono escolar, encontró en la congregación local un espacio de restauración. Su llegada a la Iglesia Pentecostal fue inicial y superficial: acompañaba a una vecina porque no tenía con quién dejar a su hijo. Pero pronto descubrió en ese espacio algo más que un culto religioso. Fue recibida con afecto, sin juicios, y fue integrada a un grupo de mujeres que se reunían para orar y compartir experiencias.

Su juventud había estado marcada por la violencia intrafamiliar y el abandono escolar. Pero en la iglesia descubrió que su historia no estaba condenada al dolor. Un día escuchó al pastor leer:

> "El Señor está cercano a los quebrantados de corazón; y salva a los contritos de espíritu" (Salmo 34:18),

y sintió que ese versículo era para ella.

Comenzó a involucrarse en tareas comunitarias, luego en actividades con jóvenes. Años después, lideraba una célula familiar. No aprendió "valores" en un sentido escolar: los vivió, vio cómo otros los practicaba y quiso vivir igual. Su vida cambió no porque le enseñaran con palabras, sino porque la amaron con acciones.

Abraham: un nuevo camino desde el testimonio

Otro relato significativo es el de Abraham, un joven que creció en un barrio marginal de Quibdó, rodeado de oportunidades escasas y riesgos permanentes. Durante su adolescencia fue atraído por grupos delictivos que le ofrecían dinero rápido y pertenencia. Sin embargo, su madre —fiel asistente a la iglesia— insistió en llevarlo a actividades juveniles donde, poco a poco, encontró otra forma de pertenecer. En uno de los encuentros, un pastor compartió su propio testimonio de cómo había salido del mundo de la drogadicción y el delito gracias a la experiencia con Dios.

Esa historia impactó profundamente a Abraham. No por el contenido teológico, sino porque vio a alguien que había pasado por su misma oscuridad y había logrado salir. Desde entonces, comenzó un camino de transformación que incluyó la reconciliación con su padre, la

finalización de sus estudios, y una vocación como músico cristiano. Abraham resume su experiencia afirmando que en la iglesia no lo condenaron por su pasado, sino que le mostraron un futuro posible. Ese acto de reconocimiento fue para él el inicio de una verdadera educación. Esa historia fue su punto de partida: se reconcilió con su padre, retomó los estudios, descubrió su vocación como músico cristiano. Hoy dice: *"No me condenaron por mi pasado. Me mostraron un futuro"*.

No son historias excepcionales. Lo que muestra Lina y Abraham es lo que ocurre, en mayor o menor medida, con cientos de personas que encuentran en la comunidad pentecostal un espacio para resignificar su existencia. La enseñanza espiritual en estos casos no es solo predicación: es una pedagogía del ejemplo, del cuidado mutuo, de la acogida sin condiciones. Esta forma de formación construye valores desde la empatía, la experiencia compartida y el acompañamiento constante.

Naviced: enseñar desde el amor

Otra voz importante es la de Naviced, una mujer mayor, esposa de Pastor y maestra espiritual, que ha dedicado su vida a la enseñanza bíblica en la región. Para ella, la educación es un acto de amor y paciencia. "Aquí no enseñamos solo con la Biblia —dice—, enseñamos con el plato de comida que se comparte, con la visita al enfermo, con el abrazo al niño que llora". Su visión coincide con la de Perea, quien sostiene que el modelo educativo pentecostal no separa la doctrina de la práctica: es en la coherencia cotidiana donde se produce la verdadera formación.

Estos relatos no son excepcionales. Son comunes, reales, humanos. Reflejan cómo la formación espiritual en las iglesias pentecostales sucede en el vínculo, en el ejemplo, en la restauración colectiva. Cuando se les pregunta a los fieles qué aprendieron, no citan libros ni teorías. Dicen:

"Aprendí viendo orar a mi madre."
"Aprendí cuando me abrazaron sin preguntar por qué lloraba."
"Aprendí cuando me dijeron que mi vida aún tenía propósito."

Esos gestos, esas palabras, educan el alma. No son parte de un currículo formal, pero son profundamente pedagógicos. Lo que se

transmite en estas comunidades no es solo una idea de Dios, es una forma de ser, de convivir y de resistir con dignidad.
Estos testimonios dan cuenta de un proceso educativo profundo, aunque poco sistematizado. Constituyen evidencias de una pedagogía viva, encarnada, espiritual y relacional. Son, en sí mismos, expresiones de una teorización axiológica construida desde la práctica. Lo que se transmite en estas comunidades es más que información: es una forma de ser, de vivir y de convivir.

En el Chocó, donde la exclusión ha sido una constante histórica, la Iglesia Pentecostal ha desarrollado una propuesta educativa silenciosa pero efectiva. A través de estos relatos es posible comprender cómo los valores espirituales se vuelven principios de vida, cómo la fe se convierte en una pedagogía de la resistencia, y cómo la comunidad de fe funciona como un espacio donde se educa el alma en medio de la precariedad. Dar voz a estas historias no es solo una estrategia narrativa: es un acto de justicia epistemológica. Es reconocer que hay saberes que no pasan por la academia, pero que transforman vidas con una profundidad que ningún texto puede igualar.

"Dios me sostuvo cuando todo se cayó" – FE

María Isabel, madre soltera de tres hijos, encontró en la iglesia no solo consuelo, sino dirección. Tras la muerte repentina de su esposo, quedó sin ingresos ni red de apoyo. Recuerda que durante semanas no podía levantarse de la cama, hasta que una vecina la invitó a un culto. “Yo no entendía lo que cantaban, pero sentí paz. Volví la siguiente semana, y luego ya no quise salir de ahí. Sentí que Dios me estaba esperando”, cuenta.

Desde entonces, su asistencia se volvió constante. Comenzó a participar en los ayunos y vigilias, y encontró en la oración colectiva una fuerza que le permitió reorganizar su vida. “No fue magia. Yo seguía sin trabajo. Pero me despertaba con ganas de pelear por mi hogar. Eso solo lo da la fe”, afirma. Hoy coordina el grupo de oración de mujeres, y dice que su misión es “levantar a otras que están caídas, como a mí me levantaron”.

"No soy quien era" – TRANSFORMACIÓN PERSONAL

Carlos David fue parte de una pandilla durante su adolescencia. “Yo no creía en nadie, ni en mí. Solo me importaban mis amigos y la calle. En mi casa no hablábamos, solo gritábamos”. Su ingreso a la iglesia ocurrió por obligación: su madre le pidió que la acompañara a un culto en el Día de las Madres. “Ese día escuché a un joven predicar sobre perdón y sentí que hablaba de mí. Me dio vergüenza mi vida.”

Volvió solo la semana siguiente. Pidió ayuda al pastor, comenzó a participar en estudios bíblicos y fue alejado del grupo donde estaba expuesto al crimen. “Me dieron tareas, me sentaron con adultos, me enseñaron a leer la Biblia y a hablar con respeto. Me dieron confianza, no solo reglas.” Hoy estudia música y dirige la alabanza en los cultos juveniles. “No sé cómo, pero la iglesia me devolvió la vida.”

"Servir es mi manera de adorar" – SERVICIO

Doña Gertrudis, una mujer de 63 años, es conocida en su comunidad por una frase que repite a todo aquel que visita el templo: “Dios no me salvó solo para sentarme”. Desde que se bautizó a los 48 años, se ha dedicado al servicio comunitario: cocina para los necesitados, visita a enfermos, limpia el templo sin que nadie se lo pida.

“Mi mamá me enseñó a servir callada. Pero aquí, en la iglesia, entendí que eso también es formar. Las jóvenes me ven, me preguntan, aprenden. Yo no sé leer mucho, pero sé cuidar.” Para ella, servir es también enseñar sin palabras. “Los niños me ven ayudar y luego me imitan. Esa es mi escuela: el ejemplo.”

Educar con la vida: el testimonio como herramienta pedagógica

En las comunidades de fe del Chocó, el testimonio se ha convertido en una poderosa forma de enseñanza. Es un acto de apertura que transmite valores, resignifica heridas y fortalece la esperanza. Compartir la propia historia, los momentos de dificultad, los encuentros con Dios y los cambios experimentados, permite educar desde la experiencia. La persona que narra se vuelve guía, espejo, evidencia viva de que la transformación es posible.

Esta forma de enseñanza está profundamente vinculada con lo que Freire (1970) planteó como pedagogía liberadora: una educación

que parte del diálogo, la experiencia del oprimido y su capacidad de generar sentido. En este marco, los testimonios en la iglesia se convierten en espacios donde la palabra no se impone, sino que se comparte desde el respeto mutuo. Quien escucha, se identifica. Quien narra, se reafirma.

El relato de vida en comunidad actúa como una herramienta formadora. La madre que relata cómo su fe la sostuvo en medio del abandono, el joven que reconstruyó su camino tras caer en la delincuencia, el adulto mayor que encontró consuelo en la oración, todos ellos enseñan con lo que han vivido. Esas historias tienen una dimensión transformadora porque despiertan identificación y empatía, y ayudan a imaginar alternativas de vida. Gadamer (2001) sostiene que, comprender implica encontrarse con la historia del otro desde un horizonte compartido. En ese sentido, cada testimonio amplía el horizonte de quien lo escucha.

De manera que, narrar también fortalece al que habla. Schön (1992), en su teoría sobre la práctica reflexiva, explica que reflexionar sobre lo vivido permite comprenderlo con mayor profundidad y encontrarle significado. Al organizar su historia para compartirla, la persona reconoce su propio proceso y reafirma su dignidad. El aprendizaje, en este caso, no solo llega al oyente, sino también al protagonista del relato.

Las iglesias pentecostales han cultivado esta pedagogía sin nombrarla como tal, pero sosteniéndola a través del tiempo. Groome (1998) habla de una “educación compartida de la fe”, en la que se aprende en comunidad, desde el ejemplo, la palabra encarnada y la práctica constante. La iglesia no requiere un currículo formal para enseñar valores cuando sus miembros actúan con coherencia entre lo que creen, lo que dicen y lo que hacen. Como afirma Perea (2017), esta educación parte de una visión integral del ser humano, donde cuerpo, alma y espíritu se forman juntos en comunidad.

La comunidad de fe escucha activamente. No recibe el testimonio como un monólogo, sino como un regalo compartido. Responde con oración, con abrazo, con validación. En ese proceso colectivo, el aprendizaje se hace más profundo porque nace del vínculo. Cuando un creyente dice “yo también pasé por eso” o “yo también sentí lo mismo”, se genera un espacio donde el alma se educa en la confianza, la identificación y la posibilidad de cambio.

Desde la Biblia, este tipo de enseñanza encuentra fundamento. El apóstol Pablo animaba a la comunidad a edificarse mutuamente:

> “Por tanto, animaos unos a otros, y edificaos unos a otros, así como lo hacéis” (1 Tesalonicenses 5:11, RVR1960).

En este mensaje resuena el poder de la palabra compartida como fuente de fortaleza y crecimiento colectivo.

Educar con la vida no reemplaza la teoría, pero le da sentido. Es una forma de formar con raíces, con rostro humano, con historias verdaderas. En un entorno como el del Chocó, donde muchos caminos educativos son frágiles o lejanos, el testimonio es una vía potente para transmitir valores, generar esperanza y construir comunidad desde lo vivido.

Capítulo 4

Los valores pentecostales: entre la fe y la acción

Los valores como eje de vida espiritual

Hablar de valores dentro de una comunidad pentecostal no puede limitarse a un enfoque filosófico clásico, ni a un tratamiento puramente moral. En estos contextos, el valor es ante todo una experiencia vivida. Su significado no se descubre en el debate académico, sino en la práctica cotidiana de la fe. Es, como señala Gadamer (1998), en la fusión entre experiencia y comprensión donde se forma realmente el conocimiento ético y vital. El valor, entonces, no es un contenido que se imparte, sino una dimensión del ser que se modela y se cultiva. La espiritualidad pentecostal propone una axiología encarnada: los valores se viven, se ven, se contagian.

En las iglesias Pentecostales del Pacífico colombiano, esta vivencia se da en condiciones particulares. Como ya se ha señalado, los contextos de pobreza, exclusión estructural y violencia cotidiana han llevado a estas comunidades a construir redes de sentido, refugio y formación desde lo espiritual. Allí, la fe no es simplemente una experiencia trascendente, sino un anclaje ético. Es a través de la relación con Dios que se ordena la vida. Los valores emergen, entonces como fruto de una relación espiritual intensa y transformadora.

Autores como Tillich y Bertalot (1996) afirman que el valor supremo no es un concepto abstracto, sino aquello en lo que depositamos nuestra última preocupación. Desde esta perspectiva, Dios no es solo fuente de sentido, sino fundamento de toda valoración. El creyente al ordenar su vida según esa preocupación última estructura su mundo afectivo, ético y relacional. Por eso, los valores pentecostales no responden únicamente a normas sociales; responden a una lógica de fidelidad espiritual. Lo correcto no es solo lo aceptado socialmente, sino lo que honra la relación con Dios. Esta noción cambia la raíz del valor: lo traslada del consenso moral a la obediencia existencial.

Esta comprensión no está exenta de coherencia con las grandes líneas de la axiología contemporánea. Scheler (2000), por ejemplo, afirmaba que los valores se experimentan como algo dado, no como una construcción racional. Son percibidos con una especie de "sentido espiritual" que permite captar su importancia. La comunidad pentecostal reproduce esta lógica: los valores no se

negocian, se revelan. No se discuten en abstracto, se disciernen a través de la oración, la Palabra y la experiencia del Espíritu Santo.

Desde una perspectiva latinoamericana, autores como Bonino o Boff han insistido en que la espiritualidad cristiana debe encarnarse en una praxis liberadora, donde los valores no se limiten al ámbito privado, sino que se conviertan en criterios de transformación social. Esta visión es también visible en las iglesias pentecostales del Chocó. El amor al prójimo, la compasión por el necesitado, la denuncia del pecado como injusticia, no son simplemente mandatos éticos: son parte de una teología práctica, profundamente conectada con las condiciones de vida de sus feligreses.

Perea y Rivas (2025) lo resumen al afirmar que la educación espiritual que se vive en estas comunidades no pretende formar sujetos obedientes en el sentido mecánico, al contrario, que sean personas conscientes de su dignidad, responsables de su conducta, y capaces de discernir lo bueno a la luz de su fe. El valor, así concebido, no es una regla sino una convicción. Y esa convicción se forma, no por imposición, sino por comunión.

La espiritualidad, entonces, es el terreno fértil en el que germinan los valores. En la iglesia, estos se enseñan con palabras, sí, pero sobre todo con gestos: cuando un pastor decide visitar a un enfermo sin esperar recompensa; cuando una hermana mayor abraza a un joven rechazado; cuando una familia decide perdonar una ofensa por fidelidad a su fe. Cada uno de esos actos es una lección axiológica. Cada gesto espiritual, una pedagogía del valor.

Este modelo de formación no está exento de crítica, pero su impacto en el tejido social es incuestionable. En entornos donde lo normativo estatal es débil o ausente, el orden axiológico se reconstruye desde lo espiritual. La fe pentecostal organiza la vida según una ética que integra lo individual, lo comunitario y lo trascendente. Y en esa integración reside su potencia formadora.

Los valores, vividos desde la espiritualidad, no sólo orientan la conducta: ofrecen sentido a la existencia. En palabras de Viktor Frankl (2012), el ser humano no puede vivir sin sentido; y el sentido, cuando está ligado a una dimensión trascendente, permite soportar lo que parecería insoportable. En el Chocó, ese sentido no se encuentra en los discursos estatales ni en las promesas del mercado. Se encuentra, muchas veces, en una oración comunitaria, en un

canto de esperanza, o en una prédica que recuerda que, incluso en el dolor, Dios permanece.

Por eso, hablar de valores en este contexto no es teorizar sobre ética. Es comprender una espiritualidad pedagógica que moldea, sostiene y transforma. Y es reconocer que, en la vivencia pentecostal, el valor no se aprende: se experimenta como verdad.

Principales valores enseñados en la Iglesia Pentecostal

La formación axiológica que ocurre en la Iglesia Pentecostal Unida de Colombia en el Chocó se caracteriza por una integración vivencial entre doctrina y acción. Los valores no se enseñan como normas separadas del contexto, sino como principios que se encarnan en la práctica eclesial diaria. Esta pedagogía espiritual permite que los fieles internalicen principios éticos a partir de la relación con Dios, el servicio comunitario y el acompañamiento pastoral. A continuación, se presentan los valores que emergen con mayor frecuencia y fuerza en este proceso formativo.

Amor al prójimo

El amor en la tradición pentecostal no es una emoción o un sentimiento idealizado, sino un mandato espiritual con implicaciones prácticas. La enseñanza del amor al prójimo se fundamenta en el mandamiento bíblico central: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22:39). Este amor se traduce en acciones concretas de cuidado, acompañamiento y servicio, especialmente hacia los más vulnerables. Es un valor transversal que estructura las relaciones comunitarias y da sentido a otras prácticas como el perdón, la hospitalidad y la ayuda mutua.

Según Savater (1991), el amor ético implica reconocer al otro como alguien que tiene derecho a la vida buena, junto con y para los otros, en instituciones justas. Esta comprensión coincide con la vivencia pentecostal en comunidades como las del Chocó, donde el amor al prójimo es, muchas veces, el único sostén emocional y material disponible en contextos de abandono estatal.

Humildad

La humildad es entendida en estas comunidades como una disposición interior que reconoce la dependencia de Dios, la igualdad con el prójimo y la necesidad de vivir con sencillez y gratitud. Es una virtud profundamente espiritual que se opone al orgullo, a la vanagloria y al egoísmo. En la práctica, se manifiesta en el servicio silencioso, en la capacidad de escuchar, en la disposición al perdón y en la renuncia al poder personal como fin último.

Autores como Søren Kierkegaard (Garrido Maturano, 2019) vinculan la humildad con la autenticidad del sujeto ante lo divino, entendiendo que solo quien se conoce como limitado puede abrirse verdaderamente a la trascendencia. En la pedagogía pentecostal, esta humildad no es debilidad, sino fuerza espiritual: permite que el creyente se relacione con otros desde la igualdad y con Dios desde la dependencia confiada.

Obediencia

La obediencia en el contexto pentecostal no está referida a una sumisión ciega a la autoridad, es una actitud de fidelidad a la Palabra de Dios y a la guía del Espíritu. Es vista como una expresión de confianza y compromiso, no como una limitación de la autonomía. En este marco, obedecer se trata de cumplir normas para vivir según un propósito divino que da sentido a la existencia (Lima Choquemaqui, 2025).

La obediencia es uno de los pilares de la formación espiritual en la Iglesia, especialmente en niños y jóvenes. Desde pequeños, se les enseña que la obediencia a Dios y a sus padres es un camino de bendición y sabiduría. Esta visión tiene fundamentos bíblicos sólidos, pero también una dimensión educativa práctica: promueve la disciplina personal, la responsabilidad y el respeto por la autoridad como forma de organización social y moral.

Esperanza

La esperanza es probablemente uno de los valores más centrales y profundos en la experiencia pentecostal del Chocó. En medio de realidades duras y excluyentes, la esperanza no se presenta como

una expectativa pasiva, sino como una fuerza interior que impulsa a seguir adelante. Es una forma activa de resistencia frente al sufrimiento, un horizonte de sentido que permite soportar las pruebas y confiar en la transformación.

Para Frankl (2015), la esperanza es una forma de sentido anticipado: el ser humano puede resistir cualquier "cómo" si tiene un "para qué" por el cual vivir. En la formación espiritual pentecostal, esta esperanza se fundamenta en la fe en Dios, en la promesa de una vida plena, y en la convicción de que el sufrimiento no tiene la última palabra. Es un valor que sostiene emocionalmente, pero que también educa para la perseverancia, la paciencia y el compromiso.

Servicio

El valor del servicio se expresa en múltiples formas: atención a los necesitados, visitas a enfermos, enseñanza gratuita, trabajo comunitario, liderazgo pastoral o acompañamiento espiritual. La Iglesia enseña que el mayor entre los creyentes es aquel que sirve a los demás. Esta enseñanza, basada en el modelo de Cristo como siervo, se traduce en una ética de disponibilidad y entrega.

Desde la teología latinoamericana, el servicio es comprendido como una dimensión política y comunitaria del amor cristiano (De White, 2020). Leonardo Boff (2002) lo describe como una práctica de liberación en la que el creyente se pone al lado del otro, especialmente del empobrecido, para construir justicia y fraternidad. En este sentido, el servicio no es un acto de caridad puntual, sino una actitud vital que forma carácter y conciencia social.

Compasión

La compasión, entendida como capacidad de padecer con el otro, es enseñada desde los primeros años en la vida eclesial. Los niños aprenden a orar por quienes sufren, a compartir con los que tienen menos, a consolar a quienes están tristes. Esta formación emocional va de la mano con una teología de la misericordia que enfatiza el rostro compasivo de Dios. La compasión, cuando se vive comunitariamente, crea lazos fuertes de solidaridad, pertenencia y cuidado mutuo.

En la práctica pastoral, este valor se convierte en criterio de acción: visitar al preso, acompañar al huérfano, ayudar a la viuda, apoyar al migrante. En contextos donde el sufrimiento social es crónico, la compasión no es una emoción pasiva, sino un principio movilizador.

Honestidad

La honestidad es promovida como un principio de integridad personal. No mentir, no robar, no engañar, cumplir la palabra, respetar lo ajeno: son normas básicas que se enseñan como expresión de la transformación espiritual del creyente. En la vida comunitaria, este valor sostiene la confianza mutua y la reputación personal. En una sociedad marcada por la corrupción estructural, enseñar la honestidad desde la fe es un acto de contracultura ética.

Este valor también se vincula con la autenticidad: vivir sin doblez, ser coherente entre lo que se cree y lo que se hace. En la pedagogía pentecostal, esta coherencia es vista como testimonio: un creyente honesto "da testimonio" de su fe no solo con palabras, sino con su conducta diaria.

Valores en acción: el ejemplo cotidiano

Los valores enseñados en la Iglesia Pentecostal del Chocó no permanecen como ideales abstractos ni como meros principios doctrinales. Se encarnan en los gestos sencillos, en las decisiones diarias, en la forma de tratar al otro, en la manera de atravesar el sufrimiento. La enseñanza axiológica que ocurre en estas comunidades se distingue por su dimensión experiencial y encarnada: los valores son vividos, no simplemente aprendidos.

Uno de los rasgos más distintivos de esta pedagogía espiritual es que la transmisión del valor se da por vía del ejemplo, más que por instrucción directa. En muchas congregaciones, no hay manuales explícitos de ética cristiana ni estructuras formalizadas de formación en valores, pero hay personas cuya forma de vivir representa de manera tangible lo que significa ser honesto, ser humilde, ser compasivo. La comunidad reconoce a estos hombres y mujeres como modelos, no por su conocimiento teológico, sino por la coherencia entre su fe y su conducta.

Esta dimensión formativa coincide con lo planteado por Bandura (1977) en su teoría del aprendizaje social, donde se sostiene que los individuos aprenden comportamientos, actitudes y valores observando a otros, especialmente a quienes perciben como figuras significativas o que tienen autoridad. En la Iglesia Pentecostal, estas figuras son los pastores, los líderes de células familiares, los ancianos y, en muchos casos, las madres creyentes que sostienen con su fe la vida doméstica y espiritual del hogar.

Un ejemplo revelador de esta práctica lo constituye el caso de Marta, una mujer de mediana edad que, tras años de vivir en una relación violenta encontró en su iglesia no solo consuelo espiritual, sino también fuerza ética. Durante los cultos de enseñanza, los sermones sobre el valor de la dignidad humana, el perdón y el amor propio fueron fundamentales para que ella replanteara su situación. Fue acompañada por hermanas de la iglesia, no solo en oración, sino también en decisiones concretas que la llevaron a salir del círculo de abuso. Hoy, Marta lidera un grupo de mujeres donde no dicta lecciones sobre el valor del respeto: lo encarna en su historia y lo transmite desde su transformación.

Este tipo de vivencia del valor tiene un impacto que va más allá de lo individual. Como afirma Paulo Freire (1969), “la educación es un acto de amor, y por eso, un acto de coraje”. Enseñar valores desde la vida misma implica exponerse, compartir vulnerabilidades, acompañar procesos de dolor y cambio. En la comunidad pentecostal, esta educación afectiva se da con naturalidad: cuando una familia acoge a un niño huérfano, cuando una hermana mayor se ofrece para ayudar en la alfabetización de adultos, cuando se organiza un ayuno colectivo para interceder por una joven en crisis.

Estas prácticas revelan una ética de la cotidianidad en la que los valores no se anuncian, se practican. La oración compartida, el canto colectivo, la prédica, el compartir alimentos tras el culto, son momentos donde se forma el carácter cristiano. En cada acto de comunión hay una lección de humildad, en cada testimonio hay una afirmación de esperanza, en cada acto de servicio hay una manifestación del amor al prójimo.

La vivencia comunitaria como espacio educativo, también tiene una función correctiva. En muchos casos, los errores morales o comportamientos contrarios a los valores enseñados no son objeto de sanción punitiva, sino de corrección pastoral. El proceso de

restauración espiritual implica reconocer el error, pero también ser acogido y acompañado en el cambio. Esta lógica restaurativa responde a una comprensión profunda de la pedagogía del perdón y de la misericordia como prácticas formadoras. Se reconoce que el valor también se aprende en el fracaso, cuando hay comunidad para volver a levantarse.

En términos educativos, esta dinámica refleja un modelo de formación situada en el que los valores no se transmiten como verdades universales, sino como respuestas a situaciones concretas. En cada culto, cada consejería, cada reunión de oración, los miembros de la comunidad están aprendiendo a discernir qué hacer desde una perspectiva espiritual. Este proceso no elimina el conflicto, pero introduce una brújula moral que orienta las decisiones personales y colectivas.

El pastor Carlos, por ejemplo, relata cómo un joven de su congregación, tentado por la oportunidad de unirse a un grupo armado, optó por alejarse de esa vida tras escuchar una prédica sobre el valor del cuerpo como templo del Espíritu. Según el pastor, “no fue solo la prédica, fue que él vio cómo vivimos lo que predicamos. Se sintió amado. No juzgado. Eso lo hizo volver”. Este testimonio ilustra cómo la enseñanza del valor no reside solo en el mensaje verbal, sino en la atmósfera ética de la comunidad.

La consistencia entre el discurso espiritual y la práctica comunitaria otorga credibilidad a los valores enseñados. En palabras de Taylor, “las convicciones éticas solo tienen peso cuando están integradas en prácticas vividas que las sostienen” [3]. La Iglesia Pentecostal al organizar su vida en torno a estos valores, genera no solo adhesión doctrinal, sino transformación ética sostenida.

En contextos de marginalidad, donde otras instituciones han fallado en transmitir normas y límites efectivos, esta pedagogía del ejemplo representa una de las pocas formas de formación ética accesible y sostenible. Lo que se vive en la iglesia no termina en el culto: se prolonga en la manera de trabajar, de criar a los hijos, de resistir la tentación de la ilegalidad, de amar con fidelidad.

Por todo ello, puede afirmarse que los valores enseñados en la Iglesia Pentecostal no se limitan al ámbito del templo. Son principios de vida que estructuran el cotidiano, modelan el carácter, y permiten resistir desde una espiritualidad activa. En ellos se

encuentra no solo una ética religiosa, sino una pedagogía del alma encarnada en la vida diaria.

Transformación personal y social a partir de los valores

La formación en valores promovida por la Iglesia Pentecostal en el Chocó no se limita a configurar conductas individuales: promueve transformaciones personales profundas y, en consecuencia, dinamiza procesos de cambio social en comunidades marcadas por la exclusión. Cuando los valores son asumidos como convicciones vivas y no como normas impuestas, dejan de ser elementos decorativos del discurso religioso para convertirse en principios regeneradores de vida y convivencia.

A nivel individual, los testimonios recogidos en la comunidad revelan que muchos procesos de transformación comienzan con un despertar espiritual que resignifica la identidad. Personas que antes se percibían como marcadas por el fracaso, el pecado o la pobreza, comienzan a mirarse a sí mismas desde una nueva narrativa: la de la redención, la dignidad espiritual y el propósito vital. Esta resignificación se convierte en el punto de partida para un cambio sostenido en el comportamiento, las aspiraciones y las decisiones cotidianas.

Autores como Erikson han señalado que la construcción de la identidad está fuertemente vinculada con la pertenencia, la coherencia narrativa y el sentido de continuidad vital [1]. En la Iglesia Pentecostal, estos elementos se ofrecen a través del acompañamiento espiritual, la comunidad de fe y el relato bíblico como historia de restauración. La persona no solo “cambia de conducta”, sino que reinterpreta quién es y qué sentido tiene su vida.

Este proceso de transformación personal tiene también implicaciones psicológicas positivas. La interiorización de valores como la esperanza, la honestidad o la compasión contribuye a mejorar la autoestima, a reducir la impulsividad, a fortalecer los vínculos afectivos y a aumentar la percepción de agencia personal. Desde la psicología moral, se ha demostrado que los sistemas de valores internalizados en contextos de alta carga emocional y comunitaria tienen mayor capacidad de mantenerse en el tiempo y de influir en la toma de decisiones complejas [2].

Sin embargo, el impacto más potente de esta formación axiológica no ocurre de forma aislada, sino cuando se multiplica a través de la comunidad. Los valores vividos generan formas de organización social que resisten la fragmentación, fortalecen la confianza mutua y sostienen formas de cuidado colectivo. Cuando una comunidad practica la hospitalidad se vuelve más resiliente. Cuando se cultiva el perdón se reconstruyen relaciones dañadas. Cuando se promueve la obediencia a principios éticos, disminuye la violencia interpersonal. Esta transformación social desde abajo, muchas veces invisible para las políticas públicas, constituye un tipo de capital moral indispensable para el desarrollo humano integral.

En los barrios donde la Iglesia Pentecostal tiene presencia activa es posible identificar dinámicas de contención social que reducen el riesgo de ingreso de los jóvenes a redes delictivas, que favorecen la reconciliación familiar y que generan iniciativas de apoyo comunitario. La iglesia al promover valores como el servicio, la responsabilidad y la solidaridad incentiva prácticas organizativas de base: comedores solidarios, grupos de oración por la paz, redes de ayuda a víctimas de violencia, brigadas médicas voluntarias, entre otras. Estas acciones no solo nacen de la espiritualidad, sino que son su expresión concreta.

Desde una perspectiva filosófica Taylor (1991) sostiene que, los valores morales no operan solo en el plano interno, sino que configuran lo que él llama “horizontes de significación”, es decir, marcos sociales compartidos que permiten entender qué cosas son buenas, deseables o rechazables en una comunidad [3]. En la Iglesia Pentecostal del Chocó, esos horizontes se construyen a partir de la fe: el bien no es solo un ideal racional, sino una práctica concreta que honra a Dios y edifica al prójimo.

Este proceso también tiene un potencial político en el sentido más profundo del término: educar en valores espirituales es construir ciudadanía ética desde abajo. En una región donde el Estado ha fallado en garantizar derechos, la formación axiológica pentecostal no reemplaza la justicia, pero sí forma sujetos capaces de actuar con conciencia, de construir comunidad, de ejercer liderazgo con responsabilidad. El sujeto formado en valores espirituales tiene una brújula ética que le permite resistir la corrupción, rechazar la violencia y asumir compromisos con el bien común.

En términos de educación popular Freire (2025) afirmó que, “nadie educa a nadie, ni nadie se educa solo, los hombres se educan entre sí, mediatizados por el mundo”. En la Iglesia Pentecostal del Chocó, ese mundo mediador es la Palabra, la comunidad y la práctica espiritual. El proceso educativo ocurre en la interacción constante entre los miembros, en el diálogo con la realidad, y en la reinterpretación de esa realidad a la luz de la fe.

Esta forma de formación es silenciosa, pero eficaz. Tiene rostro, tiene nombre, tiene historia. Se manifiesta cuando una madre decide criar a sus hijos en paz en medio de un entorno violento; cuando un joven rechaza un ingreso ilícito por fidelidad a su fe; cuando un líder comunitario promueve la reconciliación en lugar de la venganza. Estos actos, pequeños pero constantes, son señales de una transformación ética y espiritual que reconfigura lo social desde lo invisible.

De manera que, los valores pentecostales, cuando son vividos y no simplemente proclamados, tienen un poder transformador que alcanza tanto la subjetividad individual como la estructura relacional comunitaria. Son una fuerza educativa y cultural que contribuye a resistir la deshumanización, a reconstruir el sentido, y a promover una ética viva que puede, en muchos casos, lo que no han logrado las políticas públicas ni los discursos académicos: formar seres humanos con dignidad, esperanza y compromiso moral.

Capítulo 5

Efectos de la formación espiritual

Más allá de lo religioso: la espiritualidad como dimensión educativa

En los estudios sobre formación humana, se ha tendido históricamente a separar el desarrollo espiritual de los procesos educativos formales. La espiritualidad, asociada tradicionalmente a lo privado o a lo religioso, ha sido marginada del discurso pedagógico moderno, que privilegia lo cognitivo, lo técnico o lo instrumental. Sin embargo, esta exclusión no solo empobrece la comprensión de la educación como proceso integral, sino que invisibiliza dimensiones clave en la formación del sujeto, especialmente en contextos culturales donde la fe y lo espiritual son constitutivos de la identidad.

Por tanto, es necesario, reconocer la espiritualidad como una dimensión educativa en sí misma. Esta afirmación no implica la imposición de creencias ni la confusión entre educación y evangelización, sino la comprensión de que el ser humano es una totalidad integrada de cuerpo, mente, emociones y espíritu, y que toda pedagogía que pretenda formar sujetos plenos debe asumir esta complejidad. En palabras de Segundo (1975), "educar es, ante todo, ayudar al ser humano a encontrar sentido". Y el sentido, en muchas culturas, no se encuentra sino en la apertura a lo trascendente.

Autores como Parker Palmer han insistido en que la educación que ignora el alma —entendida como núcleo de identidad, sentido y vocación— produce sujetos fragmentados, técnicos sin ética, individuos sin raíces afectivas ni orientación interior. La espiritualidad, entonces, no es un contenido curricular específico, sino un campo de formación profunda que permite a las personas conectar su aprendizaje con su identidad, sus valores y su propósito vital.

En el contexto de la Iglesia Pentecostal en el Chocó, esta dimensión espiritual no se plantea como un añadido al proceso educativo: es su núcleo. Las comunidades de fe no solo enseñan doctrinas religiosas; ofrecen una cosmovisión estructurada que permite interpretar la realidad, tomar decisiones morales y vivir en comunidad. Allí, la espiritualidad no es un refugio individualista, sino una fuerza colectiva que da forma a la convivencia, a los afectos y al compromiso con el otro.

Para comprender esta propuesta es útil recuperar el aporte de Frankl (2012), quien sostuvo que la voluntad de sentido es la motivación primaria del ser humano y que su frustración genera vacíos existenciales difíciles de llenar con saber técnico o éxito material. En la experiencia pentecostal, ese sentido se encuentra en la relación con Dios, en el servicio comunitario y en la vivencia de valores espirituales que orientan el comportamiento. Es esta experiencia de sentido lo que convierte a la espiritualidad en una dimensión educativa crítica, especialmente en contextos de pobreza, exclusión o violencia.

Desde una perspectiva más amplia, múltiples corrientes pedagógicas han comenzado a integrar el lenguaje de la espiritualidad sin necesidad de referirse a doctrinas religiosas. La pedagogía holística, por ejemplo, entiende la educación como un proceso que debe atender la totalidad del ser: intelecto, cuerpo, emoción y espíritu. Autores como Miller (2011) han argumentado que el cultivo del espíritu —entendido como capacidad de asombro, compasión, silencio interior, y conexión con el todo— es esencial para una educación transformadora y significativa.

Este tipo de enfoque resuena con la práctica educativa que se vive en muchas iglesias del Pacífico colombiano. En estos espacios, enseñar no es solo transmitir saberes: es acompañar procesos de vida. La oración, el testimonio, el canto, la predicación y el servicio no son actos ceremoniales aislados, sino momentos pedagógicos donde se forma el carácter, se fortalece la identidad, y se despierta la conciencia ética. Es en esos momentos donde la espiritualidad se convierte en experiencia formadora.

Por eso, reducir la espiritualidad a una creencia privada es desconocer su potencia educativa. En comunidades históricamente marginadas, como las del Chocó, la espiritualidad ha sido un recurso de resistencia, de cohesión, de sanación y de transmisión intergeneracional de saberes. Ha cumplido un rol educativo donde otras instituciones han fracasado. No se trata solo de pedir, suplicar: se trata de aprender a vivir, a convivir, a resistir y a esperar con sentido. En este contexto, la espiritualidad no es opcional: es estructural.

Educar desde lo espiritual no significa adoctrinar, sino humanizar la educación. Es reconocer que formar seres humanos implica más que desarrollar competencias: implica cuidar del alma, despertar el

sentido, fortalecer la interioridad y abrir espacios para la trascendencia. Cuando la escuela ignora esta dimensión, delega su tarea a otros actores; cuando la Iglesia la asume con responsabilidad, se convierte en una escuela del alma.

La pedagogía del alma: fundamentos y claves metodológicas

Hablar de "pedagogía del alma" puede parecer, a primera vista, una metáfora poética o una categoría teológica sin relevancia en los marcos educativos contemporáneos. Sin embargo, en contextos donde la espiritualidad está viva y forma parte integral de la identidad colectiva, este concepto se vuelve operativo y profundamente formativo. En la Iglesia Pentecostal del Chocó, la pedagogía del alma no es un sistema teórico explícito, pero sí una práctica cotidiana sistemática, donde se forman personas a partir del vínculo entre la fe, la comunidad y la vida.

A diferencia de los modelos escolares formales, esta pedagogía no se organiza en torno a objetivos conductuales, planes de estudio o evaluaciones estandarizadas. Se configura, más bien, a través de lo que Paulo Freire denominó "actos educativos intencionales": experiencias significativas que transforman la conciencia y la forma de estar en el mundo. En este caso, el acto educativo está mediatizado por la espiritualidad. La enseñanza no apunta solo a saber más, sino a vivir de una forma distinta.

El primer fundamento de esta pedagogía es el ejemplo como método. Como se ha planteado en capítulos anteriores, los líderes, pastores y miembros maduros de la comunidad son los principales agentes formativos. Su conducta encarna los valores que predican. En términos de Bandura, se trata de un aprendizaje vicario o por modelamiento, donde los sujetos aprenden a través de la observación de modelos significativos. En el caso pentecostal, esos modelos no son lejanos ni inaccesibles: son personas reales, presentes y coherentes, cuya vida representa lo que enseñan.

El segundo fundamento es el testimonio como narrativa pedagógica. En cada culto, reunión o predicación, los miembros de la comunidad comparten relatos personales de conversión, lucha, cambio y fidelidad. Estos relatos no son anecdóticos: tienen una función profundamente educativa. A través de ellos, se construyen marcos de interpretación de la realidad, se validan experiencias subjetivas

y se transmite un repertorio de valores y aprendizajes espirituales. La narración se convierte, así, en una herramienta de construcción de sentido, en línea con lo que Bruner identifica como “modo narrativo del pensamiento”.

Un tercer pilar metodológico es la comunidad como espacio de formación mutua. En las iglesias pentecostales, la pedagogía no es jerárquica ni unidireccional: todos enseñan y todos aprenden. La célula familiar, el grupo de oración, la reunión de mujeres o de jóvenes, son espacios donde se ejercita la palabra, se escucha, se acompaña y se educa. Esta dinámica horizontal genera confianza, empoderamiento y pertenencia. La comunidad funciona como lo que Etienne Wenger llama una “comunidad de práctica”, donde el aprendizaje ocurre en la participación y situada.

También es central el ritual como dispositivo formador. Las prácticas religiosas oración, lectura bíblica, imposición de manos, ayuno, alabanzas no son solo expresiones litúrgicas o ceremoniales: son actos pedagógicos con alto contenido simbólico y afectivo. Permiten interiorizar valores, establecer hábitos, fortalecer la identidad y conectar la experiencia individual con el colectivo. Como señala María Teresa Esteban, la ritual forma “porque implica el cuerpo, la emoción y la memoria”.

Otro rasgo distintivo de esta pedagogía es su flexibilidad y capacidad de adaptación a los ritmos de la vida. La enseñanza no está sujeta al calendario escolar ni a la lógica de productividad. Ocurre en cualquier momento: en una conversación después del culto, en una visita a un enfermo, en una reunión familiar o en medio de una dificultad personal. Esta ubicuidad educativa permite que el aprendizaje sea oportuno, encarnado y directamente vinculado con las necesidades reales del sujeto.

Además, esta pedagogía es afectiva y relacional. El aprendizaje ocurre en un clima de cuidado, atención y reconocimiento. El vínculo es la condición de posibilidad para la enseñanza. No se forma a alguien que no se siente mirado, escuchado, valorado. Esta dimensión, tan olvidada por los sistemas escolares burocratizados, es central en la vida eclesial. La pedagogía del alma se basa en la idea de que solo se transforma aquel que se siente amado.

Esta forma de enseñar tiene una clara intencionalidad moral y espiritual: formar sujetos capaces de vivir conforme a la voluntad

de Dios, respetar a los demás, contribuir a la comunidad y sostenerse en la fe. No se trata de una formación tecnocrática, sino de una pedagogía centrada en el ser. Como lo expresa Naviced, esposa de pastor y maestra en el Chocó: "Aquí no enseñamos solo para saber, enseñamos para vivir como Dios quiere".

Esta pedagogía tiene mucho que aportar al pensamiento educativo contemporáneo. Su capacidad de formar con sentido, de transformar vidas sin recursos formales, de integrar el saber con el ser, y de sostener procesos en contextos adversos, la convierten en una experiencia educativa válida, potente y replicable. Es una pedagogía silenciosa, pero transformadora. Y es, ante todo, una pedagogía del alma.

La experiencia espiritual como proceso formativo

Uno de los aspectos más significativos de la pedagogía espiritual vivida en las comunidades pentecostales del Chocó es que el acto educativo no se limita a la instrucción verbal o a la transmisión de contenidos religiosos, sino que se materializa en la experiencia espiritual misma. Esta experiencia profunda y transformadora, actúa como el núcleo vivencial desde el cual se forma la persona: su carácter, sus valores, su comprensión del mundo, su proyecto de vida.

En la teología pentecostal, experimentar a Dios —ya sea a través de la oración, el testimonio, la adoración o la acción del Espíritu Santo no es algo reservado para momentos excepcionales. Es parte del cotidiano. Y esa vivencia se convierte en un evento pedagógico con consecuencias concretas. Como señala Perea, "la espiritualidad pentecostal no forma por la imposición de normas, sino por el impacto vivencial del encuentro con lo divino". Se enseña no solo por el discurso, sino por la transformación subjetiva que la fe genera.

Esta formación ocurre de manera multisensorial, emocional y comunitaria. En los cultos, por ejemplo, el canto colectivo, la predicación apasionada, los testimonios y la oración en voz alta, crean una atmósfera de alta carga afectiva, donde el sujeto se ve inmerso en un acto compartido que lo toca no solo racionalmente, sino en su ser profundo. Como indica Palmer, "la experiencia

auténtica de lo sagrado educa porque pone en juego todo lo que somos: intelecto, emociones, cuerpo y espíritu".
Es importante destacar que esta experiencia espiritual no es pasiva, ni está desligada de la conciencia. Al contrario, muchos procesos de conversión o transformación personal van acompañados de procesos reflexivos intensos: revisión de vida, reconocimiento de errores, decisiones éticas, redefinición de objetivos. El acto espiritual se vuelve entonces un catalizador para la autocomprensión. En términos de Mezirow (2000), estamos ante aprendizajes transformativos, donde una experiencia emocional significativa da lugar a un cambio en los marcos interpretativos del sujeto.

La oración, en este contexto, no es solo un diálogo con Dios: es también un espacio pedagógico de interiorización, de discernimiento y de formación ética. A través de ella, el creyente no solo pide o agradece: examina su conciencia, ordena su vida, expresa su dolor, fortalece su esperanza y se compromete con lo que considera justo. La oración comunitaria refuerza este proceso, al brindar apoyo emocional, modelar prácticas de cuidado y fomentar la empatía.

Otra experiencia profundamente formadora es el testimonio de vida. Escuchar a otros miembros de la comunidad contar cómo Dios los transformó, los restauró o los salvó de caminos destructivos, no solo inspira: ofrece un modelo posible de redención. Estos testimonios actúan como narrativas de posibilidad, en las que el oyente puede verse reflejado. Como apunta Bruner (2015), el aprendizaje humano ocurre con mayor profundidad cuando está mediado por historias significativas que permiten reconfigurar la propia narrativa.

Además, la participación en actividades comunitarias —servicio, evangelización, ayuda a necesitados, liderazgo— es también una forma de formación espiritual. No se trata de prácticas opcionales, sino de espacios donde se ejercitan los valores enseñados. El servicio, por ejemplo, es entendido no como un gesto moral externo, sino como una expresión auténtica de la fe. Servir al otro, especialmente al vulnerable, es un modo de relacionarse con Dios. Así, se forma el carácter cristiano a través de la acción concreta.

Esta dinámica también produce procesos de sanación interior. Muchos creyentes afirman que fue en la vivencia espiritual donde lograron superar heridas emocionales profundas: abandono, abuso,

pérdida, violencia. La experiencia del Espíritu no solo consuela: reorganiza internamente. Esta dimensión terapéutica de la fe, aunque poco explorada desde la pedagogía formal, tiene un poder formativo evidente. Como lo muestra la psicología humanista, el crecimiento personal está estrechamente ligado a la integración del dolor en una narrativa de sentido.

En síntesis, la experiencia espiritual vivida en las iglesias pentecostales no es una expresión religiosa más: es un proceso educativo profundo, integral, encarnado y constante. Forma a la persona desde dentro, en vínculo con otros, y en relación con lo trascendente. Allí se aprende a sentir, a interpretar la vida, a decidir, a resistir. Es, en el sentido más amplio del término, una escuela del alma.

Educación integral desde la fe: desafíos y aportes al pensamiento pedagógico

La formación espiritual que ofrecen las iglesias pentecostales en el Pacífico colombiano no es una experiencia marginal ni menor frente a los modelos pedagógicos tradicionales. Por el contrario, representa una propuesta educativa integral, profundamente arraigada en la vida cotidiana de las comunidades, con una capacidad formadora que no solo alcanza la dimensión ética, sino también la emocional, relacional y existencial del sujeto.

Esta experiencia, como hemos visto, trasciende el marco de la instrucción religiosa y se constituye como una pedagogía alternativa, situada y efectiva. Es una pedagogía que no se expresa en el lenguaje técnico del currículo escolar, pero que logra lo que muchas veces la escuela no alcanza: formar seres humanos con sentido, con carácter, con capacidad de resistencia moral y afectiva frente a contextos adversos.

Desde esta perspectiva, la experiencia pentecostal puede leerse como un aporte epistemológico al pensamiento pedagógico contemporáneo, especialmente en lo que respecta a la formación integral. Autores como Edgar Morin han advertido que la educación del futuro debe superar la fragmentación del conocimiento y del ser humano, integrando razón, emoción, ética, corporeidad y espiritualidad en un mismo proceso formativo. En ese sentido, la pedagogía espiritual practicada en estas comunidades ya está

haciendo, desde lo popular y lo religioso, lo que muchos sistemas escolares apenas comienzan a proponer desde el discurso.
Este modelo también interpela críticamente a una educación formal centrada en el rendimiento, la competencia y la evaluación cuantificable. La pedagogía del alma, tal como se vive en la Iglesia Pentecostal, propone otra lógica educativa: centrada en el vínculo, el testimonio, la interioridad y la comunidad. Allí, el éxito no se mide en calificaciones, sino en transformación de vida. El aprendizaje no se persigue por presión externa, sino por deseo de vivir conforme a valores profundos.

Uno de los desafíos que esta experiencia plantea a la pedagogía contemporánea es la necesidad de reconocer los saberes formativos no escolares, especialmente aquellos que emergen en comunidades excluidas y que han sabido generar estrategias de cuidado, resistencia y transmisión de valores al margen de las estructuras institucionales. La Iglesia Pentecostal en el Chocó representa precisamente ese tipo de espacio: ha educado donde el Estado ha fallado, ha formado donde la escuela no ha llegado, ha acompañado donde los sistemas han desamparado.

La pedagogía popular y liberadora latinoamericana, con exponentes como Paulo Freire u Orlando Fals Borda, ya habían planteado que toda comunidad genera saberes y que esos saberes tienen valor formativo y político. Lo que estas iglesias hacen es activar esos saberes en clave espiritual, generar procesos de aprendizaje desde la fe, y movilizar la transformación personal como vía hacia la transformación social.

Al mismo tiempo, esta propuesta no está exenta de tensiones. La incorporación de una espiritualidad formadora en el discurso educativo exige repensar el lugar de lo religioso en la esfera pública, la relación entre dogma y libertad, y el modo en que se garantiza el respeto a la diversidad de creencias. Pero también obliga a superar el prejuicio académico que reduce lo religioso a fanatismo o irracionalidad. Como señala Taylor (1996), la fe no debe ser excluida del espacio público, sino comprendida en su potencial para producir sentido y cohesión.

Desde el punto de vista pedagógico, el reconocimiento de estas experiencias implica abrir el currículo a lo simbólico, lo narrativo, lo espiritual, lo afectivo. Significa valorar prácticas como el testimonio, la oración, el canto o el servicio comunitario no solo

como actos de fe, sino como estrategias de formación personal y colectiva.
En síntesis, la espiritualidad pentecostal que forma a niños, jóvenes y adultos en el Chocó es más que una experiencia religiosa: es una práctica pedagógica encarnada. En ella se aprende a vivir con propósito, a decidir con conciencia, a resistir desde la fe, a servir desde el amor. Su aporte al pensamiento pedagógico reside en mostrar que educar el alma no es un lujo místico, sino una necesidad vital en contextos marcados por el dolor, la exclusión y la búsqueda de sentido.

Reconocer y sistematizar esta pedagogía es un acto de justicia epistémica. Implica decir que allí donde muchos solo ven religiosidad popular, hay un saber pedagógico potente; y que allí donde algunos ven solo culto, hay formación humana integral en su expresión más profunda.

Capítulo 6

Educar el alma en lo público: desafíos y posibilidades

Lo espiritual como recurso educativo y social

A lo largo del presente libro se ha evidenciado que la espiritualidad no es un mero accesorio simbólico de la vida humana ni una esfera exclusivamente privada. En contextos como el del Pacífico colombiano, donde la exclusión social, el abandono estatal y la violencia estructural configuran gran parte del entorno vital, lo espiritual ha operado como un recurso educativo, ético y comunitario fundamental. Lejos de ser una fuerza alienante —como se ha sostenido desde algunas miradas ilustradas o secularizantes, la espiritualidad pentecostal ha demostrado ser un factor de cohesión, transformación personal y resiliencia colectiva.

Esta comprensión de lo espiritual como recurso formativo encuentra ecos en corrientes contemporáneas que, desde diversas disciplinas, han comenzado a revalorizar la dimensión espiritual de la experiencia humana. En la antropología de la educación, por ejemplo, se reconoce que las prácticas de sentido, ritualidad, fe y comunidad no solo configuran identidades culturales, sino que también educan: enseñan cómo vivir, cómo resistir, cómo cuidarse unos a otros. Como señala Catherine Walsh (2009), el saber situado que se construye en estas comunidades es una forma de pedagogía decolonial, profundamente enraizada en la historia y la espiritualidad de los pueblos.

En esta línea, la espiritualidad pentecostal puede entenderse como una fuerza educativa situada, es decir, como un conjunto de prácticas, creencias y afectos que sin pasar por las estructuras escolares formales han formado generaciones enteras en valores, vínculos solidarios y horizontes de sentido. En un contexto donde el Estado ha fallado en garantizar derechos básicos como educación, salud o justicia, la Iglesia ha ocupado un lugar que va más allá de lo religioso: ha sido escuela, centro comunitario, red de cuidado, fuente de esperanza.

Desde la sociología, autores como José Casanova (2000) han cuestionado la idea de que la modernidad conlleva necesariamente la privatización de la religión, y han mostrado cómo en muchos contextos del sur global la religión continúa teniendo una presencia pública activa, en gran parte por su capacidad de ofrecer respuestas existenciales y éticas frente al vacío dejado por otras instituciones. Esta presencia pública no se limita a la disputa política o doctrinal,

sino que se manifiesta en acciones cotidianas: el acompañamiento a jóvenes en riesgo, la formación en valores, la resolución de conflictos familiares, la promoción del perdón y la reconciliación.

Lo espiritual en este sentido opera como un sistema educativo integral y relacional, que forma sujetos capaces de sostenerse en medio de la adversidad. Esto se alinea con lo que el psicólogo Viktor Frankl (2012) expresó respecto a la voluntad de sentido: cuando el ser humano tiene una razón espiritual profunda para vivir, puede resistir el sufrimiento, tomar decisiones con dignidad y mantener su integridad aun en contextos deshumanizantes.

Por su parte, Martha Nussbaum (2010) ha argumentado que una educación verdaderamente humana debe incluir la capacidad de reflexionar sobre el sentido de la vida, de cultivar la compasión y de imaginar el dolor del otro —capacidades que el sistema educativo tradicional rara vez fomenta— En las comunidades pentecostales del Chocó, esas capacidades no solo se nombran, se cultivan activamente: orar por el vecino, perdonar al agresor, cuidar al huérfano, compartir con el necesitado. Son prácticas donde lo espiritual educa en humanidad.

La Iglesia Pentecostal, entonces, no educa solo con palabras: educa con presencia, con cuidado, con ritualidad y con acción. Sus espacios ceremoniales son también espacios de formación emocional y ética, donde se aprende a escuchar, a reconocer el valor del otro, a soportar la frustración, a decidir con conciencia. En este sentido, lo espiritual no es evasión: es construcción de sujeto y de tejido social.

Este modelo formativo resulta especialmente relevante si se considera que muchos jóvenes en el Chocó han crecido sin referentes educativos estables, sin estructuras familiares consistentes, sin acceso a servicios de salud mental o acompañamiento psicosocial. En ese vacío, la fe aparece como un lugar de sostén, de dirección y de pertenencia. No es solo creencia: es estructura vital. Y esa estructura se educa.

Autores como Parker Palmer (2005), han insistido en que “la educación sin alma produce técnicos eficientes, pero personas vacías”. Lo espiritual, en cambio, introduce la pregunta por el sentido, por el bien común, por el amor al otro, por el propósito. Y en comunidades herederas de múltiples violencias coloniales,

raciales, económicas, esta dimensión es indispensable para resistir sin perder la dignidad.

En conclusión, pensar lo espiritual como recurso educativo y social implica ampliar la noción de educación más allá del aula, más allá del currículo formal, más allá de la certificación académica. Significa reconocer que hay pedagogías que brotan de la fe, del dolor compartido, de la esperanza que no se rinde. Y significa también recuperar la idea de que educar no es solo formar competencias, sino formar humanidad.

Diálogo entre fe, pedagogía y política social

Reconocer el valor educativo de la espiritualidad pentecostal implica abrir un espacio de diálogo con otras esferas de la vida pública, en especial con la pedagogía como saber disciplinar y con la política social como campo de acción estatal. Sin embargo, este diálogo no ha sido fluido. Durante décadas, la institucionalidad educativa ha mirado con recelo los discursos religiosos, mientras que muchas iglesias han mantenido distancia frente a los sistemas formales, percibiéndolos como ajenos o incluso hostiles a la fe. En este contexto, pensar la posibilidad de encuentro entre fe, pedagogía y política social requiere una comprensión más amplia y menos defensiva de cada uno de estos ámbitos.

Considera Perea que la Iglesia Pentecostal del Chocó, al asumir una función pedagógica dentro de su comunidad, no lo hace desde una pretensión de suplir al Estado, sino desde la urgencia de responder a vacíos estructurales: ausencia de oportunidades educativas, fractura familiar, inseguridad, falta de acompañamiento emocional y ético. En este sentido, su acción formativa constituye una respuesta contextual, situada, orientada al cuidado de la vida. Como lo plantea Freire (1967), “toda práctica educativa es una práctica política”. En esta iglesia, esa política se ejerce desde lo espiritual, desde la ética, desde la esperanza.

El campo de la política social, por su parte, ha tendido a mantener una visión laica y técnica del desarrollo humano, donde la fe y la espiritualidad suelen ser vistas como elementos privados, irrelevantes o incluso contraproducentes. Sin embargo, investigaciones recientes en sociología del desarrollo y trabajo social han comenzado a reconocer que las redes religiosas,

particularmente en contextos de pobreza, cumplen funciones que ninguna otra institución puede asumir con igual eficacia: canalizan ayuda, generan capital social, ofrecen contención emocional, promueven cambios conductuales positivos y reconstruyen vínculos comunitarios.

Esto invita a una revisión crítica de los marcos conceptuales de la política pública, que han operado bajo una separación rígida entre lo espiritual y lo social. La experiencia de la Iglesia Pentecostal sugiere que esa separación es artificial, y que en muchos casos la espiritualidad es precisamente el eje que articula el sentido del cuidado, la resiliencia y la ética del bien común. En vez de rechazar esta presencia, el Estado podría reconocer, articular y dialogar con estas experiencias, sin instrumentalizarlas ni subordinarlas.

Desde la pedagogía crítica, también han surgido propuestas para superar el divorcio entre educación formal y espiritualidad. Giroux (2014) ha insistido en la necesidad de una pedagogía que se involucre con las pasiones, las creencias, los afectos y los deseos de los sujetos, especialmente en contextos de exclusión. No se trata de convertir la escuela en un templo, ni de hacer de la fe una política pública, sino de reconocer que los sujetos aprenden desde su experiencia integral, y que esa experiencia incluye la dimensión espiritual.

La posibilidad de un diálogo entre fe y pedagogía no implica homologarlas ni borrar sus diferencias, sino identificar zonas de confluencia. Por ejemplo:

- La fe promueve valores como la solidaridad, la honestidad, la empatía y el servicio; la pedagogía busca también formar ciudadanos éticos, críticos y comprometidos.

- La fe moviliza a la acción en contextos donde la inercia y la desesperanza dominan; la educación busca también activar la agencia de los sujetos.

- La fe se expresa en comunidades vivas; la pedagogía contemporánea reconoce el valor del aprendizaje situado, afectivo y relacional.

Estas coincidencias permiten pensar alianzas estratégicas entre iglesias, escuelas, organizaciones sociales y entidades del Estado, en favor de una formación humana más completa. Ya existen experiencias exitosas de cooperación entre sectores religiosos y educativos en programas de prevención de violencia, reconciliación, formación en valores y apoyo psicosocial, que muestran que el diálogo es posible, siempre que se base en el respeto mutuo y la claridad de propósitos.

Por supuesto, este diálogo no está exento de tensiones. La autonomía de la educación pública debe garantizarse, así como la pluralidad de creencias y la libertad de conciencia. Pero estas garantías no exigen excluir lo espiritual, sino crear marcos éticos y pedagógicos donde la espiritualidad pueda aportar sin imponer. Como señala Taylor (1996), "una sociedad verdaderamente secular no es aquella que expulsa la religión del espacio público, sino aquella que garantiza la igualdad de acceso a todas las voces".

En el caso del Chocó, donde las instituciones son débiles y la violencia ha roto gran parte del tejido social, este diálogo es aún más urgente. Las iglesias especialmente las pentecostales son espacios con legitimidad, continuidad y presencia territorial. Ignorarlas sería un error estratégico. Incluirlas, desde una lógica de cooperación ética y pedagógica, puede enriquecer las políticas sociales, fortalecer la educación popular y abrir caminos de reconciliación en contextos donde el Estado ha perdido autoridad.

Aportes del modelo pentecostal a la escuela y a la formación no formal

La Iglesia Pentecostal, como se ha mostrado a lo largo de este libro, no solo transmite contenidos religiosos. Forma carácter, construye sentido, regula afectos, crea comunidad y transforma vidas. Esta función formativa ejercida en la práctica cotidiana de la fe, constituye una pedagogía no escolarizada pero altamente efectiva, cuyas lógicas pueden dialogar con los espacios educativos formales y no formales. Reconocer estos aportes no significa imitar ni replicar sus métodos en la escuela pública, sino identificar aquello que, desde esta experiencia espiritual, puede enriquecer los procesos educativos más allá del templo.

Uno de los aportes más significativos es el énfasis en la formación del sujeto en su totalidad. Mientras que la escuela ha tendido a centrarse en lo cognitivo, en la transmisión de contenidos y en la medición de competencias, la pedagogía pentecostal parte de una comprensión holística del ser humano. Allí se educa no solo la mente, sino también el corazón, la conciencia, las emociones y la voluntad. Esta visión coincide con enfoques como la educación integral, la educación emocional y las pedagogías del cuidado, que hoy reclaman su lugar en los sistemas escolares del siglo XXI.

En segundo lugar, el modelo pentecostal aporta una ética relacional centrada en el vínculo humano. En estas comunidades, la enseñanza ocurre en la relación cara a cara, en el acompañamiento, en la escucha, en el modelamiento de vida. Esta pedagogía relacional se basa en la confianza mutua, el testimonio ético y la cercanía emocional. En un tiempo donde muchas instituciones educativas padecen crisis de autoridad, desmotivación estudiantil y ruptura del lazo pedagógico, el modo en que la iglesia construye comunidad puede ofrecer claves valiosas para reconstruir vínculos significativos en el aula y más allá de ella.

Otro aporte central es la dimensión narrativa de la enseñanza. El testimonio, como forma de relato biográfico con sentido espiritual, no solo comunica una experiencia personal: transmite valores, ofrece ejemplos, construye memoria colectiva y moviliza procesos de identificación. Esta práctica puede dialogar con metodologías educativas que valoran la autobiografía, la oralidad y las pedagogías narrativas como herramientas de reflexión crítica y construcción de identidad (Bruner, 2015).

Asimismo, el modelo pentecostal promueve una ética de la responsabilidad comunitaria. En sus prácticas, se enseña que el bienestar del otro es un deber espiritual; que servir, ayudar, compartir y consolar no son opciones altruistas sino formas de vida deseables. Esta ética puede ser un aporte vital para una escuela que busca formar ciudadanos democráticos, conscientes y comprometidos. Como plantea Nussbaum (2010), una educación humanista debe cultivar la empatía activa y el sentido de justicia como pilares de la vida pública.

En el campo de la educación no formal, los aportes son aún más evidentes. Muchas de las dinámicas de la Iglesia Pentecostal como la formación en pequeños grupos, las redes de cuidado entre

familias, los espacios de mentoría intergeneracional, la resolución comunitaria de conflictos, o los proyectos de ayuda solidaria constituyen formas de educación popular y comunitaria, en línea con lo propuesto por pensadores como Freire (1978). Son experiencias educativas que no dependen del aula ni del currículo, pero que transforman actitudes, relaciones y perspectivas de vida.

Además, la experiencia pentecostal pone de relieve el valor del sentido en el aprendizaje. En contextos escolares donde los estudiantes no encuentran motivación ni propósito en lo que aprenden, el testimonio de quienes han sido formados espiritualmente revela que cuando el aprendizaje está conectado con el sentido de vida, la transformación es posible. La espiritualidad en este caso no reemplaza al conocimiento, pero le da dirección, lo encarna, lo humaniza.

Hay un aporte pedagógico de fondo que no puede pasarse por alto: la capacidad de sostener procesos educativos sin recursos materiales, sin infraestructura institucional y sin reconocimiento estatal. Las comunidades pentecostales han demostrado que es posible educar en condiciones de adversidad extrema, gracias a una combinación de altruismo, compromiso ético y organización popular. Este saber práctico, esta pedagogía de la resistencia es profundamente valiosa para pensar alternativas educativas en contextos de emergencia, ruralidad o exclusión.

El modelo formativo pentecostal puede ofrecer a la escuela y a la educación no formal no una doctrina religiosa, sino una pedagogía con alma encarnada, comunitaria, significativa y transformadora. Su incorporación en el debate pedagógico debe hacerse desde el respeto a la diversidad, la laicidad y la autonomía de la educación pública, pero también desde el reconocimiento de que hay pedagogías vivas más allá de la escuela y que algunas de ellas como la que aquí se ha descrito, educan en profundidad, en esperanza y en dignidad.

Retos del reconocimiento: pluralidad, secularidad y autonomía educativa

Reconocer el valor pedagógico de la espiritualidad pentecostal, así como su incidencia en procesos formativos comunitarios, no implica romantizar su práctica ni omitir las tensiones que este tipo de

experiencia educativa plantea en una sociedad plural, secular y democrática. Por el contrario, cualquier intento serio de diálogo entre lo espiritual y lo educativo debe asumir con honestidad los desafíos que esta articulación conlleva. Entre ellos, destacan tres grandes áreas de tensión: la pluralidad religiosa, la secularidad del Estado y la autonomía de la educación.

En primer lugar, la pluralidad religiosa exige que toda experiencia educativa con base espiritual respete la diversidad de creencias, prácticas y cosmovisiones presentes en un mismo territorio. Colombia, como Estado laico y multicultural reconoce la libertad de culto y la igualdad de todas las religiones ante la ley. En contextos como el Chocó, donde conviven tradiciones católicas, pentecostales, evangélicas, afroespirituales e incluso expresiones indígenas de espiritualidad, cualquier pedagogía religiosa corre el riesgo de volverse excluyente si se absolutiza como la única vía legítima de formación moral o espiritual.

Este riesgo no es menor, especialmente cuando se pretende proyectar el modelo formativo pentecostal hacia espacios públicos como la escuela. Aunque este modelo ha mostrado un poder transformador significativo en su propio contexto eclesial, su transposición directa a ámbitos educativos diversos debe hacerse con cautela, pues el proselitismo o la imposición dogmática pueden generar tensiones, resistencia y conflictos éticos. Como señala Nussbaum (2010), el respeto a la libertad religiosa implica también garantizar que nadie sea obligado a participar de prácticas espirituales ajenas a su convicción personal.

En segundo lugar, la secularidad del Estado plantea un marco institucional dentro del cual las políticas públicas —incluyendo las educativas— deben estar orientadas por principios de inclusión, racionalidad pública y derechos fundamentales. Esto no significa negar el valor de la fe, sino evitar que una determinada cosmovisión religiosa dicte normas o contenidos obligatorios para toda la ciudadanía. El laicismo no es antirreligioso: es el marco jurídico que protege la libertad religiosa, tanto de los creyentes como de quienes no profesan ninguna fe.

Maclure y Taylor (2011) ha propuesto el concepto de “secularidad inclusiva” en contraposición al secularismo excluyente, como una forma de abrir el espacio público a las voces religiosas sin permitir que ninguna de ellas imponga sus códigos al conjunto de la sociedad.

Bajo este modelo, las experiencias espirituales pueden aportar al debate educativo siempre que lo hagan en términos argumentativos, respetuosos de la diversidad, y sin pretensiones de privilegio institucional.

El tercer desafío es el de la autonomía de la educación, especialmente en relación con su capacidad de formar sujetos críticos, libres y capaces de deliberar. Toda pedagogía que se fundamente en una cosmovisión fuerte —religiosa o no— corre el riesgo de limitar el pensamiento autónomo si no integra el diálogo, la duda, la pluralidad de perspectivas y la reflexión ética. El modelo pentecostal en su versión más tradicional ha sido acusado en algunos contextos de fomentar el pensamiento vertical, la obediencia incuestionable y el rechazo de ciertos saberes considerados "mundanos".

Sin embargo, esta tensión no es insalvable. En muchas comunidades pentecostales —incluidas las del Chocó— se observa una tensión interna entre fidelidad doctrinal y apertura pedagógica. Muchos líderes han comenzado a incorporar lenguajes de derechos, diálogo intercultural-interreligioso y participación ciudadana, sin abandonar su fe. Esta apertura progresiva permite pensar que el modelo pentecostal puede evolucionar hacia formas educativas que conserven su espiritualidad profunda sin sacrificar la autonomía del sujeto.

El desafío está en delimitar claramente los espacios: el templo no es la escuela, pero puede inspirarla; la escuela no es un lugar de culto, pero puede acoger experiencias de sentido. La clave es el respeto mutuo, la claridad institucional y la disposición a dialogar. Las experiencias de educación interreligiosa, de pedagogías interculturales y de espiritualidades laicas ofrecen caminos posibles para esta convivencia respetuosa y fecunda.

De manera que, es importante advertir que el reconocimiento público del valor educativo de lo espiritual no debe convertirse en cooptación estatal ni en clientelismo religioso. El Estado debe evitar tanto el abandono (que deja todo en manos de las iglesias) como la instrumentalización (que utiliza la fe con fines políticos). La cooperación entre iglesia y escuela, entre comunidad de fe y política pública, solo será legítima si se basa en la ética del cuidado, el servicio comunitario y la promoción del bien común, sin imponer doctrinas ni vulnerar derechos.

En suma, los desafíos que aquí se identifican no son argumentos para rechazar el modelo pentecostal, sino advertencias necesarias para su proyección responsable hacia el espacio público. La educación espiritual puede —y debe— aportar a la formación humana, pero lo hará de forma sostenible solo si reconoce la pluralidad, respeta la autonomía y se inserta en una sociedad democrática como una voz más, no como verdad única.

Educar el alma para reconstruir el tejido social

Educar el alma no es una metáfora retórica ni un gesto piadoso. Es una necesidad urgente en contextos donde el tejido social ha sido desgarrado por la exclusión, la violencia, el abandono institucional y la pérdida de sentido. En territorios como el Chocó, donde los indicadores de pobreza se entrelazan con las heridas históricas del racismo estructural y la negligencia estatal, la espiritualidad no aparece como un lujo subjetivo, sino como un recurso vital para resistir, reconstruir y rehumanizar.

A lo largo de este libro, se ha mostrado cómo la Iglesia Pentecostal, a través de una pedagogía no escolarizada pero profundamente formativa, ha logrado acompañar procesos de transformación personal, consolidación de valores, creación de vínculos comunitarios y construcción de horizontes de sentido. Esta pedagogía del alma no es abstracta: se manifiesta en actos cotidianos de cuidado, en relatos de vida, en rituales compartidos, en el testimonio ético, en la solidaridad silenciosa, en la esperanza que se cultiva aun en medio de la adversidad.

En tiempos donde la escuela atraviesa crisis de sentido, el Estado se distancia del territorio y la juventud se enfrenta a modelos de éxito centrados en la violencia o la evasión, la pedagogía espiritual representa una forma concreta de educar para la vida con dignidad. Lo que se transmite en estos espacios de fe no son solo doctrinas: son modos de estar en el mundo que articulan lo individual con lo colectivo, lo emocional con lo ético, lo simbólico con lo político.

Sin idealizar ni ignorar sus límites, el modelo pentecostal invita a repensar la educación más allá de sus formas tradicionales. Nos recuerda que enseñar es también acompañar procesos de sanación,

que formar implica ofrecer sentido, que educar es —en el fondo— cuidar del alma del otro. En palabras de Ortiz Ibarz (2024):

> El corazón es nuestro ser íntimo, lo que nos hace únicos e irrepetibles. Es el cofre del amor, ese tesoro que recibimos y que exige ser compartido. Solo quien abre su tesoro a los demás llega a descubrir su identidad, el sentido más hondo de su existencia. Y quien no lo abre, no llega realmente a alcanzar su felicidad. El corazón tiene unos hábitos, costumbres, y principios de actuación distintos a la lógica del tener y del poder. Sólo él es capaz de generar una cultura de verdaderos encuentros, de construir la civilización del amor. Solo es feliz quien sabe mirar, escuchar y tocar el corazón.

Además, este modelo aporta al debate pedagógico contemporáneo un conjunto de prácticas, saberes y lógicas nacidas desde abajo, desde la experiencia vivida de comunidades históricamente silenciadas. En este sentido, su reconocimiento no es solo un gesto académico: es un acto de justicia epistémica, que valora las formas de conocimiento y formación que emergen desde los márgenes y que, sin embargo, tienen un impacto real en la vida de las personas.

Frente al escepticismo de una educación reducida a competencias técnicas, frente al cinismo de una política desconectada de la ética, y frente a la fragilidad de los vínculos comunitarios, educar el alma se presenta como una tarea urgente y profundamente transformadora. No se trata de imponer una fe, sino de recuperar una dimensión humana que ha sido ignorada: la necesidad de encontrar sentido, de cultivar el bien, de caminar con otros, de vivir con propósito.

Este libro no propone trasladar la iglesia a la escuela, ni reemplazar el currículo con ceremonias. Lo que propone es recuperar la pedagogía que brota de la vida espiritual vivida con autenticidad y explorar sus resonancias con otros procesos formativos. La escuela tiene mucho que aprender de esa comunidad que enseña sin llamarse escuela, pero que forma personas con convicción, carácter y esperanza.

Educar el alma, en definitiva, es una apuesta por la vida en plenitud. Es el gesto profundo de confiar en que incluso en los territorios más

olvidados, la transformación es posible si hay alguien que acompaña, que escucha, que cree. Y muchas veces, ese alguien es una comunidad de fe que ha hecho de la espiritualidad no solo una creencia, sino una pedagogía silenciosa, resistente y poderosa.

REFERENCIAS

Aranda Barradas, J. S., & Salgado Manjarrez, E. (2005). El diseño curricular y la planeación estratégica. *Innovación educativa*, *5*(26), 25-35. https://www.redalyc.org/pdf/1794/179421470004.pdf

Bandura, A. (1977). *Social learning theory*. Prentice Hall.

Begrich, A. (2007). El encuentro con el otro según la ética de Levinas. *Teología y cultura*, *4*(7), 71-10. https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3725764

Boff, L. (2002). *Espiritualidad: Un camino de transformación*. Sal Terrae.

Bonino, J. L. (1995). *Rostros del protestantismo latinoamericano*. Ediciones La Aurora.

Bruner, J. (2015). *La educación, puerta de la cultura* (Vol. 3). Antonio Machado Libros.

Casanova, J. (2000). Públicos religiosos en el mundo moderno. Ediciones PPC.

Clarke, G., Jennings, M., & Shaw, T. (2007). *Development, civil society and faith-based organizations*. Palgrave Macmillan.

De White, E. G. (2020). *Servicio cristiano*. Editorial ACES.

Erikson, E. H. (1980). *Identidad, juventud y crisis*. Taurus.

Fabelo-Corzo, J. R. (2007). Los valores y sus desafíos actuales.

Frankl, V. (2015). *El hombre en busca de sentido*. Herder editorial.

Frankl, V. E. (2012). *El hombre en busca de sentido*. Herder.

Freire, P. (1969): *La educación como práctica de la libertad*. Siglo XXI

Freire, P. (1970). Cultural action and conscientization. *Harvard educational review*, *40*(3), 452-477. http://www.edubook.com.tw/OAtw/File/PDf/49127.pdf

Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.

Freire, P. (1978). Pedagogy of the oppressed (revised). *New York: Continuum*, *356*, 357-358. Routledge.

Freire, P. (1967). *Educacao como practica do libertade*. RÌo de Janeiro, Paz e Terra

Gadamer, H. G. (1998). *Verdad y método*. Ediciones Sígueme.

Garrido Maturano, Á. E. (2019). Una lección de humildad o cómo dejar de ser cristiano para intentar serlo: Reflexiones kierkegaardianas.

Giroux, H. A. (2014). *Pedagogía crítica y neoliberalismo*. Amorrortu.

Gluyas Fitch, R. I., Esparza Parga, R., Romero Sánchez, M. del C., & Rubio Barrios, J. E. (2015). Modelo de educación holística: Una propuesta para la formación del ser

humano. *Actualidades Investigativas En Educación*, *15*(3). https://doi.org/10.15517/aie.v15i3.20654

Groome, T. (1998). *Sharing faith: A comprehensive approach to religious education and pastoral ministry: The way of shared praxis*. Wipf and Stock Publishers.

Irizar, L. B., González Camargo, J. N., & Noguera Pardo, C. (2011). Educación y desarrollo humano. Una propuesta de educación humanista para Latinoamérica. *Revista Historia de la Educación Latinoamericana, 15*, 147-176. https://doi.org/10.19053/01227238.1569

Lima Choquemaqui, L. E. (2025). La obediencia a los mandamientos y cumplimiento de la misión en la vida cristiana: un análisis bíblico-teológico. *Revista Estrategias Para El Cumplimiento De La Misión*, *22*(1), 26–42. Recuperado a partir de https://revistas.upeu.edu.pe/index.php/r_estrategias/article/view/2136

Lledó, E. (2022). *Identidad y amistad: palabras para un mundo posible*. Taurus.

Maclure, J., & Taylor, C. (2011). *Secularism and freedom of conscience*. Harvard University Press.

Mezirow, J. (2000). *Learning as Transformation: Critical Perspectives on a Theory in Progress. The Jossey-Bass Higher and Adult Education Series*. Jossey-Bass Publishers, 350 Sansome Way, San Francisco, CA 94104.

Miller, J. P. (2011). *Educación holística: El camino hacia un aula con alma*. Octaedro.

Nussbaum, M. C. (2010). *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Katz editores.

Ochoa Moya, N. M. (2024). *Fracaso escolar encubierto y políticas educativas en Colombia* (Doctoral dissertation, Universidad de Santiago de Compostela). https://dialnet.unirioja.es/servlet/dctes?codigo=324995

Palmer, P. J. (2005). El coraje de enseñar. Paidós.

Quiceno Toro, N. (2016). *Vivir sabroso. Luchas y movimientos afroatrateños, en Bojayá, Chocó, Colombia*. Editorial Universidad del Rosario. http://pagina-wv-django.s3.amazonaws.com/publicaciones/None/Recomposici%C3%B3n_del_campo_religioso_web.pdf#page=177

Rentería-Restrepo, J. L. (2019). Faith in Peace. Faith, Spirituality and Social representations of Peace of social educators in Cali, Colombia. *Prospectiva. Revista De Trabajo Social E Intervención Social*, *28*, 227-252. https://doi.org/10.25100/prts.v0i28.8032

Rest, J., & Narvaez, D. (1994). *Moral development in the professions: Psychology and applied ethics*. Lawrence Erlbaum Associates.

Río, J. (2024). Hacia una pedagogía del encuentro. La dimensión educativa del pensamiento de Rodolfo Kusch (1922-1979). *ACTAS*, *6*. https://filosofiaeducacion.org/actas/index.php/act/article/view/614/604

Río, J. G. (2016). Para pensar una pedagogía del encuentro. *ACTAS*, *3*. https://filosofiaeducacion.org/actas/index.php/act/article/view/154

Río, J. G. (2022). *Pedagogía del encuentro: el pensamiento educativo de Rodolfo Kusch*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Editorial Las Cuarenta

Savater, F. (1991). *Ética para amador*. Barcelona: Ariel.

Scheler, M. (2000). *El formalismo en la ética y la ética material de los valores*. Caparrós Editores.

Schön, D. A. (1992*). La formación de profesionales reflexivos: Hacia un nuevo diseño de la enseñanza y el aprendizaje en las profesiones*. Barcelona: Ediciones Paidós y Ministerio de Educación y Ciencia

Segundo, J. L. (1975). *El cristianismo de la liberación*. Ediciones Cristiandad.

Taylor, C. (1996). *Fuentes del yo: La construcción de la identidad moderna*. Paidós.

Taylor, C. (2009). *La era secular*. Ediciones Katz.

Tillich, P. (2003). *La dinámica de la fe*. Ediciones Cristiandad.

Tillich, P., & Bertalot, R. (1996). *Teologia sistemática* (Vol. 2006). Claudiana.

Toma, V. G. (2018). La dignidad humana y los derechos fundamentales. *Derecho & sociedad*, (51), 13-31. https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7793041

Vidal-Bota, J. (2012). *Valores y principios. Vombergen de Susteisc, Valentina "La Ética de la Enfermería" Ed. Científica BS AS. Primera*.

Walsh, C. (2009). Interculturalidad, descolonización del Estado y del conocimiento. Ediciones Abya Yala.

FINANCIACIÓN
Ninguna

CONFLICTO DE INTERESES
Los autores declaran que no existe conflicto de intereses.

USO DE INTELIGENCIA ARTIFICIAL
Uso de IA para la mejora de coherencia en la redacción del texto de creación propia.

INFORMACIÓN ADICIONAL
La responsabilidad ética y jurídica sobre los contenidos presentados en esta publicación recae exclusivamente en sus autores, incluyendo el cumplimiento de la normativa vigente en materia de propiedad intelectual y derechos de autor. La editorial queda eximida de cualquier compromiso derivado de dichos contenidos y de su uso por parte de terceros.

Derechos de Autor (Copyright) 2026 © Henry Yeferson Perea Ibarguen © Sandra María Sánchez Ibargüen

Este texto está protegido por una licencia Creative Commons 4.0.



Usted es libre de compartir, copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato, así como de adaptarlo, remezclarlo, transformarlo y crear a partir de él para cualquier propósito, incluso con fines comerciales. Sin embargo, debe cumplir con la condición de atribución, lo que significa que debe otorgar el crédito correspondiente a la obra original de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado modificaciones. Puede hacerlo en cualquier formato razonable, pero no de manera que sugiera que cuenta con el respaldo del licenciante o que recibe algún beneficio por el uso de la obra.

Resumen de licencia – Texto completo de la licencia

ISBN: 978-628-97230-4-5
DOI: 10.69821/PLAGCIS.32

Esta obra se publicó en primera edición durante el año 2026, como resultado de la colaboración entre instituciones comprometidas con la difusión del conocimiento académico.

El proceso editorial fue desarrollado por el Fondo Editorial PLAGCIS, perteneciente a la Plataforma de acción, gestión, e investigación social S.A.S. Sincelejo, Sucre, con el respaldo y auspicio del Sello Editorial de la Institución de Educación Superior del Litoral, Barranquilla, Atlántico.

La edición se finalizó en Sincelejo, Colombia, consolidando el compromiso interinstitucional por la divulgación de investigaciones de alto impacto en el ámbito educativo y cultural